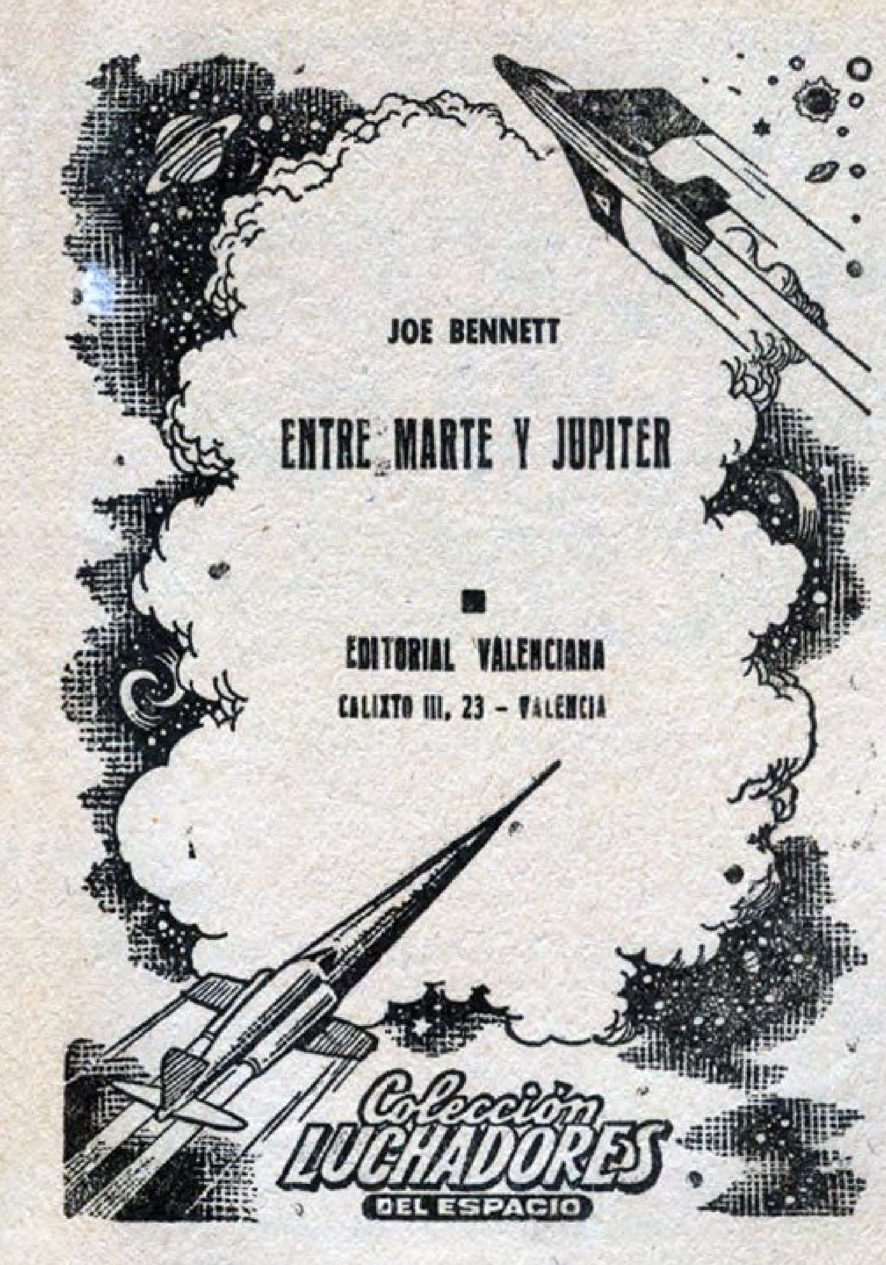

81
Entre MARTE y JUPITER
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


JOE BENNETT
ENTRE MARTE Y JUPITER
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Deposito Legal v. 224 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I
La invitación

Mi nombre es Ray Anderson. He nacido en la Tierra, más concretamente en la parte septentrional del Continente Norteamericano, desde hace varios siglos Primer Gobierno de la Federación Terráquea. No soy ni un político, ni un hombre de ciencia ni, siquiera, un escritor cuya brillantez literaria autorice a emitir juicios certeros a través de sus libros.

He cursado la carrera de Medicina y me doctoré hace unos seis años. Así pues, debo confesar, de buenas a primeras, que mi humilde condición de médico sólo me autoriza a tratar de temas relacionados con la profesión que practico.

He oído decir a veces que la Medicina es, más que un oficio, un sagrado sacerdocio. Los doctores vivimos consagrados a mitigar las dolencias del género humano y esto forma el triángulo equilátero que define nuestros juramentos profesionales, el espíritu de sacrificio necesario para el noble desempeño de la misión y el desinterés que debe guiarnos en cada una de nuestras acciones.

Creo que jamás había pasado por mi imaginación la idea de escribir algo distinto a recetas de farmacopea o fórmulas magistrales. Opino que, a pesar de todo, mi intención no es construir un libro. Voy a limitarme -y lo confieso con una sinceridad que nadie debe confundir con falsa modestia- a

redactar un informe simple e imparcial de los sucesos que acontecieron en torno a mi estancia en Isótom 81.

Es posible que alguien se sienta defraudado y critique ácidamente mi intento. No espero laureles, ni me alienta la esperanza de atesorar fama inmerecida. Esto es un informe. Una especie de *Diario* que compuse para mí y que ahora, instado por cuantos se muestran confusos respecto a lo que pasó en Isótom 81, ofrezco espontáneamente a la consideración pública. Sólo deseo que sirva como justificación a uno de los *grandes errores* de la Tierra y disculpe el proceder de los otros mundos habitados que pueblan el Universo.

Siempre he querido exponer un pensamiento que heredé de mi padre. Según él, todos los seres vivientes poseemos iguales derechos y equivalentes obligaciones. Quizá es una forma de expresarse algo antigua, pero no incorrecta.

El Hombre, desde que se lanzó con sus astronaves maravillosas a la conquista del espacio, ha creído ser el único con derechos y exento de obligaciones. Una paradoja muy humana y muy propia del ego endiosado que todos llevamos dentro. Pero no deseo perder el tiempo con filosofías que más tarde podrían suscitar abundante tema polémico.

Dije que éste era mi informe y voy a seguir adelante con él. Más de una vez, mientras escribía a solas en mi despacho del Centro-hospital levantado en el corazón de Isótom 81, tuve miedo de contar mis sentimientos y que alguien me tachase de temeroso o sentimental, como hizo aquel día el profesor Harring, director supremo de la Planta Atómica más capaz y potente del Universo. Una instalación orgullo de nuestra era interplanetaria.

Sí. Tuve miedo... y suficientes reparos como para arrojar la pluma a un lado y desistir enteramente de completar el *Diario*. Sólo me detuvo la certeza de que, en definitiva, escribía para mí y no para el público.

Aquello resumía unas impresiones íntimas y algunos conceptos exclusivamente personales en relación con el impopular proyecto, de la *separación asteroidal*. Bueno... Empiezo a divagar. Comenzaré por el principio y así todo quedará en su correspondiente orden de colocación.

Yo trabajaba en la *Institución O'Danley*, una clínica de altos vuelos creada por el Gobierno y de gran solvencia médica entre las otras similares de la capital. Todavía no podía considerarme doctor titular, porque oficiaba de ayudante del famoso Igor Taskaldew, una notabilidad en la profesión.

Como quiera que no lejos de la capital, en el túnel subterráneo de Boonkatt -sostenido por el Estado- radicaba la Central Fisionuclear Americana, había tenido ocasión de examinar, y tratar, a multitud de enfermos afectados por dolencias radioisotópicas. Pese a las protecciones, los equipos aislantes y la revisión constante del personal, las enfermedades radiactivas minaban cada año a una quinta parte de la plantilla.

La confianza que Igor Taskaldew había depositado en mí, permitióme estudiar varios casos y someterlos a tratamiento con cierto éxito. Acabé aficionándome y, sin que por ello pudiese considerarme un especializado en la. materia, adquirí por así decirlo, cierta maña.

El principio de mi aventura en Isótom 81 inicióse, de forma teórica, cuando el doctor Taskaldew habló de mí la noche de la reunión conmemorativa del cuerpo. La aventura tomó consistencia práctica el sábado de la semana siguiente. Recuerdo bien esta fecha: 22 de abril del año 2561.

Yo me encontraba en el laboratorio, analizando la fisiología de ciertas fibras extraídas de un paciente atacado por poliartritis microbiana, contra la que eran impotentes las aplicaciones amido-oxibenzoicas y demás terapéuticas de orden analgésico.

Una enfermedad que se transmitía por contagio, epidémica, y que amenazaba con causar estragos en la capital. Cuando sonó el zumbador del telecomunicador, seguía examinando el tejido bajo la lente del supermicroscopio electrónico. La enfermera Gilda me tocó el hombro derecho y declaró:

-Es para usted, doctor Anderson.

No esperaba ninguna llamada. Ni familiar ni amistosa. Mi turno de servicio terminaría tres horas después, y hasta entonces no había decidido ocuparme del tiempo libre de la noche del sábado y el domingo por la mañana.

-¿Quiere seguir usted, por favor? -rogué a Gilda-. Espero la reacción pelicular de un momento a otro.

-Sí, doctor.

Fui hasta el telecomunicador... y me llevé una sorpresa demasiado grata para considerarla verdadera. El rostro puntiagudo y seco, muy de asceta, del eminente profesor Yost reflejábase en la pantalla. La molestia que habíase tomado al llamarme, acordándose de un anónimo galeno como era yo, tuvo la virtud de emocionarme.

-Es un honor, profesor Yost. ¿En qué puedo servirle?

-Hola, Anderson -contestó empleando un tono de confianza-. Necesito hablarle. ¿Acepta la invitación de cenar en mi casa?

-Pues...

-Si tiene algún compromiso, preferiría que lo cancelase. El asunto que me mueve a llamarle es importante. He hablado de ello con su jefe, el doctor Taskaldew, y dice que sólo usted puede emitir la última palabra. Claro que si le disgusta venir... confiéselo sin rodeos. Soy partidario de la franqueza.

-Lo único que puedo confesar es mi asombro, profesor.

-Le espero a las siete. ¿De acuerdo?

-A esa hora termino el turno. Pongamos que estaré... ¿a las siete y media?

-A las siete y media -repitió, dejándolo acordado-. Entonces tendré el placer de estrechar su mano. Adiós, Anderson.

-Adiós, profesor Yost.

Creo que ni yo mismo estaba seguro de que el importantísimo Albert Yost -a quien llamaban de forma respetuosa el *Genio*- me hubiese citado en su propio domicilio. Vi admiración en el rostro de Thomas, un colega que efectuaba ensayos con roedores de laboratorio en busca de cierto pentabiótico cerebral.

-¿Lo oíste? -pregunté.

-Vaya. Ahora tienes derecho a presumir. ¡Es un primer escalón cenar en compañía del viejo Yost!

-¿Un primer escalón para qué?

-Para convertirte en médico titular. Harás carrera a su lado, Ray.

-Algo debe perseguir... y estoy oliéndome lo peor. Serán consecuencias directas por citarme el jefe en su alocución de la reunión conmemorativa. Acaso me someta a un interrogatorio.

-¿Qué más da? Lo cierto es que Yost representa mucho en la Tierra. Si le ha picado la mosca de sentirse protector, creo que...

-¡Doctor, doctor! -llamó Gilda-. ¡Venga! ¡Ya ha comenzado!

Me enfrasqué en el análisis de electromía microscópica y el tiempo pasó tan veloz como yo deseaba. A las siete menos cuarto fui al esterilizador vaporoso, me metí desnudo y eliminé de mi cuerpo el último vestigio de contaminación. Luego, vigorizado y ágil, me vestí, dejé la ficha de identidad en el control automático y abandoné la *Institución O'Danley* por la puerta del personal médico.

Estaba muy lejos de suponer entonces que transcurrirían los años antes de que volviese a retirar mi ficha identificadora. Realmente, fue una despedida sin palabras al Centro donde cursé mis prácticas de novicio y adquirí relativa experiencia sobre enfermedades radiactivas.

Cierto que me dieron a elegir. Cierto, también, que pude negarme y rechazar la proposición de plano. Pero yo era un médico que comienza... y en la Tierra no es fácil destacar, porque se halla superpoblada de competentes profesionales.

Yost vivía en la Calle Mil Seis, sector oeste, una zona residencial propia de potentados. Anduve hasta la parada más próxima del monorraíl urbano y tomé el primer convoy que se detuvo ante ella. Los vagones iban atiborrados de personas, porque la hora coincidía con la cesación de casi todas las actividades laborales del día sujetas a horario fijo.

Me apeé en la Plaza del Universo, donde resalta el imponente monumento de 200 metros de alto dedicado a los arriesgados pioneros de la

era espacial, y fui por mi propio pie hasta la Calle Mil Seis.

Cuando me introduje en el descensor subterráneo que me bajaría los treinta y tantos pisos, mi reloj electrónico señalaba las siete y veinte de la tarde del miércoles 22 de abril del año 2561, tiempo ligeramente húmedo y temperatura más bien cálida. Puntualmente, igual que una exacta ecuación de cálculo integral, pulsé el llamador ultrasónico. Faltaban todavía dos minutos para el momento exacto de la cita.

CAPÍTULO II
Conozco al Genio

Un sirviente de color, que sonreía y ejecutaba respetuosas reverencias, me franqueó la entrada, haciéndome pasar a un *living* decorado con gusto, bien acondicionado y climatizado, donde se escuchaba la música tenue de un radiotransmisor estereofónico.

Esperé, sentado en un sillón de auténtica piel de reptil, a que mi celebérrimo anfitrión compareciese. Éste, teniendo en cuenta su importancia y elevada posición social, salió antes de lo que habría sido lógico prever.

Albert Yost, el *Genio*, me recibió enfundado dentro de un cómodo batín hiperliviano, dándome así una muestra de hogareña amistad y disipando el embarazo que todavía me producía hallarme ante tan preclara notabilidad. El rostro seco y puntiagudo, casi triangular, sonreía. Tendió hacia mí la diestra huesuda, que yo estreché con energía.

-Es un honor conocerle en persona, profesor Yost -señalé.

-Déjese de ceremonias. El honor es todo mío. La cena no tardará en estar servida. ¿Le apetece mientras tanto una copa de licor?

-¿Alcohólico? -indagué.

-Desde luego. Lo han destilado expresamente para mí, al estilo del viejísimo *coñac* francés.

-Encantado.

-Siéntese. Zabulón nos lo servirá en seguida. Yo todavía conservo las tradiciones de nuestros antepasados terrestres, porque creo que el mundo no debe perder su rancio abolengo. Detesto a las máquinas como servomecanismos domésticos. Y continuaré manteniendo servidumbre humana en tanto mis ingresos permitan que lo pague.

Asentí. Nunca hubiese supuesto que Albert Yost perteneciese al partido social de los *conservadores*; pero el conocimiento no me desagradó. Zabulón, el criado negro, nos sirvió el licor en abombadas copas de cristal extrafino. Al primer sorbo, noté por mi garganta correr el río ardiente del *coñac* y las lágrimas salieron en mis ojos.

Yost me contemplaba en silencio, echado hacia atrás en su sillón y meciendo suavemente la copa entre ambas manos, *calentando* la bebida como hacían los nietos de nuestros tatarabuelos. Su mirada era escrutadora. La mirada intensa de un hombre inteligente.

-Debe estar impaciente por conocer el motivo de mi llamada, ¿verdad? -sonrió.

-Lo estoy -afirmé.

-El doctor Taskaldew me habló de usted.

-El doctor me ha ayudado mucho en mi carrera -dije-. Es un hombre

afable y bondadoso, pero que con frecuencia se deja llevar impulsivamente por su buen corazón. El panegírico que hizo de mis aptitudes profesionales en la reunión conmemorativa del cuerpo es inmerecido. La verdad, profesor Yost, tuve el presentimiento de que se excedió en halagos. Temo que si usted fía demasiado en sus palabras va a sufrir una decepción conmigo.

-No me desagrada su modestia -replicó-. La fatuidad está de más en nuestro oficio. Pruebas, eficacia, una hoja de servicios que hable por sí sola, es cuanto necesita el médico para demostrar su valía. He leído la hoja que usted posee en la *Institución O'Danley*. No espero ninguna decepción.

Bebí *coñac*, y ello me permitió ocultar el brillo de los ojos. ¿Qué se proponía el *Genio* sacando a relucir los contados y efímeros éxitos de mi carrera?

-Yo busco un especialista en tratamientos antirradiactivos -agregó como leyendo mis pensamientos-. Taskaldew opina que usted merece la calificación aunque no posea el título.

-¡Oh, no! -denegué-. He intervenido en media docena de *casos*. ¿Considera eso especialización?

-Algunos no eran fáciles. Recuerdo el de Sam Callonger, técnico de selectividad de la Central Fisionuclear Americana. Sus quemaduras radiactivas eran del grado ocho. Había asimilado tal cantidad de radioisótopos que sufría alteraciones en el metabolismo de su pigmentación sanguínea, aparte de un peligro mutatorio capaz de alterar la fisiología orgánica de ciertas glándulas. ¿Es cierto o es falso?

-Cierto, pero...

-Usted lo curó -me interrumpió con viveza-. Sólo usted, doctor Anderson. Acaso un especialista hubiese conseguido idénticos resultados; nunca lograría *mejorarlos*. Yo necesito un experto en enfermedades producidas por contaminación atómica. He decidido darle una oportunidad para destacar. Taskaldew autoriza el traslado... siempre que usted no tenga nada que oponer. Ha de ser una aceptación voluntaria.

-¿Significa eso que han pensado alejarme de la *Institución*?

Movió la cabeza de arriba abajo, aunque no dejó de imprimir a sus manos el suave movimiento giratorio que obligaba al licor a bailar dentro de la enorme copa.

-Bueno... -murmuré-. Trabajo satisfecho allí... pero si ha de representar una mejora en la profesión, me sentiré muy honrado pudiendo complacerles a ambos.

-Sin duda. Irá usted en calidad de médico titular. Tiene un gran horizonte ante sus ojos.

-¿A qué hospital han decidido destinarme?

-¿Conoce un planetoide llamado Isótom 81?

La contrapregunta del profesor Yost me dejó estupefacto. ¡Claro!

¿Quién no había oído hablar en la Tierra de Isótom 81 y del descabellado proyecto que un puñado de científicos se empeñaban en realizar? No sabía mucho respecto a su labor en sí; pero la única información de que disponía se basaba en controversias, ácidas críticas y rígidas opiniones.

-Usted tiene ambiciones -siguió el *Genio*-. Desea progresar. También posee aptitud y vocación. No me gustaría descubrir, ahora que le he revelado el punto de destino, que es usted un hombre cargado de arcaicos prejuicios.

-¿Por qué lo supone?

-Basta contemplar su expresión. Ha variado nada más pronunciar el nombre de Isótom 81.

-Confieso que me pilló de sorpresa.

-¿Sólo de sorpresa?

-¿Qué otra cosa podía ser?

-Lo ignoro. La gente habla sin ton ni son, majaderías casi siempre. Yo conozco al dedillo el proyecto de Isótom 81 y el trabajo ímprobo que llevan a cabo los equipos técnicos destacados en el planetoide. Le aseguro que la opinión pública siempre se mostró adversa a los planes magistrales, acaso como principio racional del género humano. Deseche las prevenciones y piense sólo en su carrera. Allí necesitan a un hombre de sus conocimientos. Además, cuantos contribuyan al éxito de la empresa, están llamados a ser algún día personajes de la historia del Espacio.

-Quizá -medité-. Ni remotamente se me ocurrió imaginar que mi destino se hallase más allá de Marte.

-Beba un trago de *coñac* y familiarícese con la idea. Verá como acaba por parecerle grata.

-Tengo entendido que en Isótom 81 se encuentra el doctor Bullan. Por lo que sé de él, yo no puedo ni osar compararme con...

-Bullan ha muerto -declaró el *Genio*-, Sus restos yacen enterrados en la Luna, según expreso deseo de su última voluntad.

Otra sorpresa. Miré a Yost fijamente y él mantuvo la penetrante mirada. No; no se trataba de un recurso efectista. Acababa de decirme la verdad.

-Sólo diez personas en la Tierra conocen su trágico fin -amplió-: Es decir... *once*. Ahora también usted está en el secreto.

-No pienso divulgarlo, si realmente se trata de una noticia secreta. Confíe en mí, profesor.

-Espero que carezca de ocasión para hablar a nadie de esto. Bullan murió víctima de un experimento, tratando de elaborar una vacuna de radiorresistencia duradera. Usted no debe ignorar que en Isótom 81 ha sido levantada la Planta Atómica más formidable que jamás existió en el Universo.

Afirmé distraídamente, porque mis ojos seguían fijos, presos, en los

suyos, acuciándole a proseguir.

-Varios años ha costado su instalación, pero ni en la Tierra misma existe nada tan completo y vanguardista. En el planetoide trabajan cientos de personas reclutadas entre los tecnicistas más reputados de nuestro mundo... todos los cuales se hallan sujetos a idénticos problemas que los de la Central Fisionuclear. ¿Me entiende?

-Por completo.

-Pero las radiaciones allí son más potentes y la contaminación celular progresa con terrible rapidez. La muerte de Bullan habrá creado conflictos médicos; por ello es necesaria la inmediata presencia de un facultativo en el Centro-hospital.

-Si le citase sólo la mitad de los que usted conoce, esta entrevista se haría interminable, profesor -dije-. Y todos ellos son más capacitados que yo.

-Son más famosos -discrepó él.

-La fama se adquiere por capacitación. Nuestro oficio no es de los que rinden aureolas sin resultados prácticos. Usted lo dijo antes con otras palabras.

-Trasladar a Isótom 81 un médico famoso, sería dar un paso en falso que sembraría la alarma en la Tierra. La opinión pública haría preguntas y para responder a ellas nos veríamos en la obligación de explicar que el doctor Bullan ya no existe. Cuando se supiese la noticia, todos los pesimistas volcarían su veneno contra los científicos que laboran en el planetoide y el proyecto ganaría impopularidad. Yo veo la solución soslayando la publicidad que plantearía la muerte de Bullan. Es decir... enviando a un desconocido cuya ausencia de la Tierra apenas será notada por una docena de personas. Máxime cuando el desconocido es un hombre hábil en la profesión.

-¿No teme que pueda fracasar?

Por primera vez desde que iniciamos la charla, Albert Yost bebió un sorbo de *coñac*.

-No -contestó-. Sé que usted trabajará con el mismo celo de Bullan.

-Quizá debía confesarle una cosa.

-Hágalo.

-Lo poco que he oído sobre Isótom 81 es bastante desagradable. No se puede exigir mucho celo en causas que desagradan.

-Usted va allí para ejercer la Medicina. Nada más. El resto de los trabajos es tarea aparte del Centro-hospital. No tiene por qué mezclarse en ello.

-Soy curioso. ¿Lo ignoraba?

-Todos los seres humanos lo son.

-¿Qué se proponen realmente los hombres destacados en Isótom 81?

-No estoy autorizado a decírselo... aunque le anticipo que no es nada de lo que se rumorea por ahí.

-¿Qué falta hace una planta atómica de proporciones colosales en el portal del “reino de los asteroides”?

-Acaso más de la que usted imagina. Y ahora no le hablo desde un punto de vista médico, sino expansionista y colonizador -Yost sonrió, sin duda a causa de mi expresión perpleja-. Hace siglos que la liberación del átomo demostró sus incalculables ventajas y diversidad de aplicaciones. Desde entonces, cada vez con mayor perfeccionamiento, las fisiones nucleares se han empleado para la destrucción, para la curación de enfermedades y para enriquecer el nivel de la vida. Tres logros inconexos entre sí, pero motivados todos por el mismo agente promotor. No haga preguntas, muchacho. No pretenda saber las cosas demasiado pronto. Usted se enterará de la verdad cuando llegue a Isótom 81, librándome de la violencia de confesarlo antes de tiempo y evitándole quebraderos de cabeza. Tenga fe en nosotros.

-Bien -afirmé, alzándome de hombros-. Tendré fe en usted y en el doctor Taskaldew. Todavía no alcanzo a comprender el origen de esta distinción, pero voy a procurar hacerme merecedor de ella.

-Eso significa que acepta -señaló Yost.

-Me encuentro entre la espada y la pared. Supongo que para librarme de la espada, no queda otro recurso que pegarme bien a la pared. ¿De cuánto tiempo dispongo, profesor?

-Saldrá esta misma noche -replicó-. La astronave le espera en un cohetódromo privado del ejército.

De todas las sorpresas, quizá fue aquella la que recibí con mayor brusquedad. Yost me miró, bebió otro trago de *coñac* y volvió a mirarme, divertido.

Zabulón apareció entonces e inclinóse con reverente sumisión.

-La cena aguarda, señor -notificó.

El *Genio* y yo nos trasladamos amigablemente al amplísimo salón donde la pulida mesa de caoba hallábase servida con abrumadora magnificencia. Confieso que todavía seguía aturdido y que lo estuve hasta bastante tiempo después. La verdad, siempre intimida un poco la idea de abandonar la Tierra casi antes de que uno se haga el ánimo de realizar un viaje interplanetario.

CAPÍTULO III
ISÓTOM 81

No voy a describir el viaje porque considero innecesario extenderme en pormenores que en nada atañen al contenido de este informe extraído de mi *Diario* personal.

Para mí fue una experiencia nueva y desbordante de sugestiones. La Luna, la cadena de satélites artificiales -las *Espaciobases* como las designa el Ejército Terrestre-y las brillantes galaxias titilando en el inmenso cielo negro, representaban un espectáculo que yo sólo había conocido antes gracias a los teleprogramas de divulgación astrouniversal.

Era mi primera trayectoria interplanetaria a bordo de una auténtica espacionave de amplia autonomía.

Marte, el rojo vecino planetal de la Tierra, me impresionó menos de lo que había supuesto, quizá porque ópticamente ya había sido preparado contra sus brumas, sus terribles tormentas polvorientas y la visión del cruzamiento de canales, hoy en día perfectamente encauzados para su explotación y aprovechamiento geológico.

Tampoco sus lunas aportaron nada nuevo a mis conocimientos teóricos, porque las imágenes flotantes de Phobos y Deimos son tan familiares para un habitante de la Tierra como antaño lo fueron los toscos aparatos a reacción o los rudimentarios proyectiles intercontinentales que hicieron furor en los albores de la Era Atómica.

Cuando la espacionave cruzó la frontera del “reino asteroidal” experimenté las primeras sensaciones gozosas. Mi ansiedad creció de tono, posiblemente en virtud de la aproximación con Isótom 81.

Es éste un sector del Universo infinito menos conocido por el terráqueo que las zonas del Sistema Planetario. Recuerdo mis años mozos de Universidad, donde analizábamos y adquiríamos conocimientos generales sobre los Nueve Grandes[1]. Pero, en cambio, poco se sabía respecto a los miles y miles de pintorescos fragmentos pétreos gravitando en el espacio como las perlas de un destrozado collar esparcidas entre las órbitas marciana y joviana.

Tras ellos, ocupa el Cosmos la gigantesca mole de Júpiter. Parece mentira que el Hombre, pese a sus constantes correrías, haya buceado tan poco en la pléyade de planetillas que espolvorea este pedazo del Gran Cielo.

A veces, me asombra advertir que sólo aparezcan clasificadas medio centenar de las razas vivas que los pueblan, y no me cabe duda de que todavía nos aguardan sorpresas en lo que a sus pobladores se refiere. No hay nadie que ignore que estos miles de asteroides bautizados caprichosamente por sus descubridores de la Era Telescópica, escapan al

control riguroso de la Tierra.

Isótom 81, por ejemplo, tenía millones de años de vida y casi constantemente aumentaba de volumen. No existe nada de misterioso en ello, por supuesto, ya que su aumento de masa obedece al poder de atracción ejercido sobre sus hermanos menores, simples guijarros estelares. La avanzada de exploradores que lo registró para la Tierra tuvo que luchar con toda clase de vicisitudes y escollos.

Como la generalidad de planetoides y satélites, carecía de atmósfera propiamente dicha y en consecuencia, se hallaba ausente de especies vivas que lo poblasen. La falta de atmósfera no podía extrañar a nadie, puesto que yo, sin apelar a complicadas definiciones científicas, comprendo perfectamente que en estos mundos de pequeño volumen la fuerza de atracción que dimanan es insuficiente para retener las capas de gases superficiales.

La atracción es lo único que sujeta a las partículas gaseosas y, faltando ésta, las capas tienden a enrarecerse dando origen a la dispersión. Es una teoría cinética que puede razonar un párvulo, del mismo modo que cualquier persona inteligente admite que cuando más baja sea la temperatura de un cuerpo astral con mayor facilidad operará sobre la retención de gases.

Yo sabía aquello. Igualmente sabía que, careciendo de atmósfera, el calor del Sol no es absorbido y se irradia velozmente en las fases nocturnas. Así, pues, esperaba hallar en Isótom 81 un planetoide frío, desapacible, exento de líquidos y gases, tan árido como un pedazo descortezado de nuestra propia Luna. Ingravidez corpórea, en razón a lo reducido de su masa, y condiciones climatológicas extremas.

Ahora bien, lo que ya no comprendía tan claramente era lo relacionado con la ausencia de fauna viva. La experiencia ha venido demostrando -a la par que destruyendo teorías- que el análisis de las condiciones ambientales de los planetoides se halla a veces reñida con la lógica. Los exponentes orgánicos -espécimen en muchos casos- difieren sensiblemente de la concepción humana o humanoide que el Hombre considera obligada en sus hermanos del Espacio.

Lugares donde a él le es imposible vivir sin rodearse de poderosos elementos de protección, pueden ser propicios para la vida y el desarrollo de unos seres tan opuestos a nosotros como todas las familias del mundo microbiano o germicida.

Pero no. Según averigüé a bordo de la astronave, Isótom 81 se hallaba limpio de vida animal, estéril orgánicamente, y sólo poblado por la esforzada colonia de terrestres que cumplían allí su abnegada misión científica.

Los haces luminosos del lejanísimo Sol hacían brillar la superficie

monda de Isótom 81 la mañana que la astronave describió la parábola de toma y enfiló, rotando y arrojando chorros humosos por las toberas de deceleración, hacia el cohetopuerto que ocupaba una extensión pentagonal en la llanura ecuatoriana del asteroide.

Yo había observado con marcado interés las maniobras precursoras del amaraje superficial a través de las pantallas de teleexploración. Continuaba sumido en un cúmulo de novedades jamás experimentadas prácticamente. De la contemplación me arrancó Pete, uno de los mecánicos con quien intimé durante el viaje.

-Hemos llegado, doctor -dijo.

-Eso parece -sonreí.

-Vaya a colocarse el equipo obligado para supervivir en Isótom 81. De lo contrario pasará el resto del día volando hacia las estrellas.

Asentí. La falta de gravedad convertía a los seres humanos en poco menos que briznas latentes sobre la corteza terrestre del planetoide. Además, naturalmente, precisábamos del oxígeno para respirar. El equipo estaba compuesto por un traje apórico, de tejido de fibroplomo, dotado de yelmo, aparato de oxigenación y sonorizadores de onda corta para conversar.

Una de las partes más fundamentales del mismo corría a cargo de las botas, pesadísimos bloques de material denso y suelas tan gruesas que abrumaba la sola idea de intentar caminar con ellas. Sin embargo, yo sabía que todo ello resultaría en extremo liviano una vez expuestos a las condiciones gravitatoriales, térmicas y casi antimagnéticas de Isótom 81.

La espacionave tomó tierra sin novedad. Acaso esperaba que una nutrida comisión acudiera a recibirnos, y me sentí un tanto defraudado al captar el escaso interés que despertaba nuestra llegada. Media docena de personas, a lo sumo, rondaban en torno al sector del cohetódromo ocupado por la nave. Era imposible distinguir rasgos característicos, ya que la común indumentaria impedía que destacasen entre sí.

Yo descendí en último lugar, pisando con precaución la escala y haciendo resaltar visiblemente mi calidad de neófito en cuestiones de astronavegación. El piloto espacial cruzaba breves frases de saludo con un hombre cuyo equipo no se diferenciaba en nada del nuestro. Al percatarse de mi presencia, ofició de introductor.

-El doctor Anderson -presentó-. Viene a substituir al doctor Bullan. Nuestro jefe superior, el profesor Harring, máxima autoridad en Isótom 81.

-Encantado -dije, estrechando su enguantada diestra.

-Celebro conocerle -replicó-. Es usted muy joven. Pero ello no importa -agregó con viveza-. Los recomendados de Albert Yost son siempre médicos capacitados.

-Haré cuanto pueda para no decepcionarle, profesor Harring.

-Estoy seguro de ello. Acompáñeme. ¿Viene usted con nosotros, Stan?

El piloto movió negativamente la cabeza dentro del yelmo transparente.

-He de ocuparme de algunos detalles todavía. Le he traído varias cajas de ampollas para tratamientos antirradiactivos.

-Gracias. Hasta luego, pues, ¿Cuándo regresa a la Tierra?

-Esta vez no hay orden de vuelta. Les haré compañía una larga temporada.

Stan Cusham se despidió de nosotros y anduvo hacia la torreta de control con movimientos elásticos. Era hombre familiarizado con el equipo y lo llevaba con gran desenvoltura. Harring y yo fuimos hasta la casa central del cohetódromo, un edificio de techo en vértice, tan macizo y recio que recordaba las históricas fortalezas medievales de nuestro ahora remoto Mundo.

Mientras caminábamos tuve tiempo de pensar un poco y de examinar someramente al director supremo de cuantos habitábamos en la Ciudad Atómica de Isótom 81. Mis pensamientos me llevaron al *living* del doctor Yost y a las preocupaciones radiactivas del *Genio*. El examen, en cambio, sirvió para descubrir los rasgos helénicos de Harring, su nariz recta y el inteligente brillo de aquellos ojos azules enclavados en un rostro reposadamente sereno.

Antes de llegar a la casa, dirigí la vista en torno y llamó mi atención el brillo cristalino que escapaba de una llanura cercana. La atmósfera, libre de capas, resultaba extraordinariamente diáfana y el sol debía ser tibio y plácido. Sólo por la noche, al enfriarse la superficie, él planetoide se transformaría en una especie de témpano ártico.

-Los llanos que nos rodean fueron hace milenios amplias lagunas -explicó Harring, anticipándose a mis hipótesis-. Esos brillos que ahora relucen al sol constituyen los posos del lecho y están formados por millones de partículas minerales y sales finísimas. Es cuanto quedó después de la evaporación líquida y la dispersión gaseosa.

-Sí -afirmé-. El agua debe ser un problema en este lugar.

-Está resuelto -contestó él, tranquilizador-. Hasta podrá bañarse a diario si lo desea.

Nos hallábamos frente a la casa y Harring, indicándola con un gesto, agregó:

-¿Le importa caminar? El Centro-hospital se encuentra a menos de un kilómetro de aquí. Es un paseo.

-No tengo inconveniente -repliqué-. Aunque no lo veo por parte alguna.

-Está abajo, en el subsuelo de Isótom 81, el lugar más adaptable para los organismos humanos. No verá otra cosa excepto llanuras y colinas en todo el horizonte que alcanza a descubrir su vista.

-¿También ha sido emplazada en un subterráneo la famosa Planta

Atómica? -inquirí.

Mi pregunta no debió complacerle demasiado, porque la serena expresión de los ojos se hizo dura. Una ligera sonrisa bastó para suavizar la fría mirada,

-No. La Planta se encuentra en las Montañas del Norte, la única cadena ortográfica de consideración que altera la corteza del planetoide. Pero usted no se preocupe por ello. Apuesto a que el trabajo en el Centro-hospital le absorberá totalmente las horas del día... y hasta puede que alguna de la noche.

-El profesor Yost me entregó una carta de presentación para usted.

-Ya me la dará más tarde. No la necesito. Entre, por favor.

Franqueamos el umbral de la gigantesca puerta y avanzamos por una nave de apariencia hormigonal, cuyo techo se veía cruzado por recias vigas metálicas. Ahora puedo explicar que los materiales empleados en la construcción no eran de hormigón, sino una mezcla reforzada de elementos minerales y polvo acérico en partes casi iguales.

También podría explicar otras muchas cosas respecto a las macizas construcciones que ocupaban el subsuelo de Isótom 81, aunque tales detalles no los considero fundamentales y por tanto me abstendré de ello. No debe olvidarse que vivíamos en una pavorosa e inmensa ciudad atómica, un colosal *refugio*, donde las medidas de seguridad iban siempre encauzadas para librar a sus habitantes del nefasto mal que representaban las isotoporradiaciones.

Yo mismo me sorprendo a veces de la infinidad de conocimientos que poseo sobre el planetoide. Seguramente, podría escribir una colección completa de volúmenes dedicados a él. Pero esto alargaría considerablemente mi *Informe* y tardaría demasiado en explicar lo que todos cuantos me leen ansían saber.

Prefiero ir directo al asunto y sólo relataré aquello que juzgue imprescindible para que sirva de información general y ambientación en este mundo perdido en el Cosmos donde la tragedia íbase incubando entre zumbidos de ciclotrones, agitados campos de energía y terribles liberaciones de átomos plutoneutrónicos.

Al final de la nave, cuyo vacío poblábamos con el sonido chascante de nuestras pisadas, se alineaba un recuadro de cabinas correspondientes a subdescensores de gran velocidad.

Algunos hombres, igualmente enfundados en equipos de protección idénticos a los de Harring y mío, trabajaban en cuestiones mecánicas relacionadas con un taller de espacionavegación. Todos ellos saludaron respetuosamente al profesor y me miraron con evidente curiosidad.

-Creí que sería imposible distinguirnos los unos a los otros... pero ellos se han dado cuenta de que soy nuevo -comenté.

-Ya se acostumbrarán a su presencia. Va a ser usted su médico.

-¿Qué clase de vida llevan en Isótom 81?

-Parecida a la de nuestro Mundo, porque todavía nos regimos por costumbres terrenas. Sólo varía el paisaje. Aquí no contemplamos nubes blancas, ni prados de hierba, ni rumorosos riachuelos. Nuestra existencia tiene puntos de semejanza con la de los topos. ¿Ha oído hablar de esos animalillos?

-Sí.

-Al principio le costará hacerse el ánimo, pero no tardará en encontrarla perfectamente normal. La gran ventaja de los humanos sobre el resto de los pobladores del Universo es su maravillosa facilidad de adaptación a cualquier ambiente. Esto mismo, por ejemplo -indicó, abriendo la corredera hermética del subdescensor- se convertirá bien pronto en medio familiar para usted. Habrá visto muchas ciudades subterráneas en la Tierra, aunque no creo que ninguna tenga parecido con Isótom 81. Pase. Colóquese junto a la pared y ajuste los flejes a su cintura. Descenderemos demasiado raudos y perdería el equilibrio.

Yo anhelaba soltar un verdadero alud de preguntas y sólo la discreción me impedía dar rienda suelta al mismo. Sentía extraordinaria voracidad por *saber*. Mis teorías respecto a Isótom 81 se hallaban imbuidas entonces por la sarta de contradicciones que corrían de boca en boca por la Tierra. Pero allí nadie sabía nada en concreto porque lo que se designaba ambiguamente como “separación asteroidal”, encerraba el secreto científico más ambicioso de toda la Historia del Espacio.

Calculo qué el subdescensor nos trasladó unos 300 metros a lo hondo y yo, efectivamente, habría perdido el equilibrio a no ser por la presión de los flejes en torno a la cintura. La puerta fue accionada desde dentro por Harring y ambos abandonamos la *jaula* de paredes tan brillantes como el cromoníquel.

Una ciudad apareció ante mis ojos, con sus calles, sus edificios empotrados en los farallones roquizos del subsuelo y su movimiento peculiar de urbe en actividad. A simple vista, no me pareció muy grande. Aunque era, desde luego, una auténtica “ciudad subterránea”.

-Excelente iluminación -comenté.

-Y necesaria -dijo el profesor-. Rayos pseudosolares. Su rostro se bronceará igual que si estuviese en una campiña terrestre. Una vieja técnica basada en haces ultravioleta, aplicada con éxito y remozada gracias a la condensación de energía natural.

-¿Quiere decir que aprovechan los propios rayos del Sol?

-En esencia, sí.

-Interesante.

-El proceso depurador es minucioso... y acaso no sabría explicarlo

adecuadamente.

-No se moleste. Seguro que tampoco yo lo comprendería, profesor.

-No pretendo dar a entender eso. Mi fuerte no son los tratados de termodinámica, sino las matemáticas en todas sus variedades. Si siente verdadera curiosidad...

-No, no -me anticipé-. Creo que tendré ocasiones sobradas de saciar mi curiosidad durante el tiempo que permanezca en Isótom 81.

-Alabo su forma de pensar.

-¿Por qué?

-Porque estaba temiendo el habitual interrogatorio de los forasteros. En general, desean "saberlo todo" el primer día. Prefiero a las personas que gustan de averiguarlo gradualmente. Vayamos por esta calle -indicó-. Al final de la misma se encuentra el Centro-hospital, exactamente en el corazón de Isótom 81. Su futura vivienda.

-¿Hay muchos pacientes?

-Algunos. El doctor Bullan no pudo atender a todos los enfermos... y se han producido otros desde que nos dejó. Pero cuenta usted con valiosos auxiliares. Pronto conocerá a algunos de sus colaboradores. Antes, quiero hacer hincapié en una cuestión.

-Dígala.

-Nada más tomar posesión del cargo, usted asume el poder directriz en el Centro-hospital. Podrá actuar a su antojo, sin tener que dar cuentas a nadie... excepto a mí.

-Seré una especie de lugarteniente suyo, ¿no? -sonreí.

-Así es. Usted y yo llevaremos las riendas de Isótom 81. Cada cual en su cometido, se entiende. Pero usted siempre subordinado a mis órdenes. ¡Ah! Otra cosa más.

Hizo una pausa y comprendí en seguida que era motivo de sus preocupaciones. Andábamos despacio, paseando, rodeados de edificios chapados con láminas de cristal diamantino que los abrillantaba igual que relucientes lentejuelas.

-En la mesa del doctor Bullan encontrará muchos de sus papeles y en el laboratorio un montón de apuntes sobre reacciones, pruebas y efectos. Nada ha sido tocado desde que trasladamos su cadáver a la Luna para la inhumación. Si le atrae la tarea... no hay inconveniente en que prosiga sus investigaciones. Le autorizo a ello.

-¿Investigaciones sobre qué? -indagué adoptando el papel de cándido.

-¿No le anticipó nada el profesor Yost?

-Algo; pero no lo entendí bien.

-Bullan analizaba un compuesto líquido basado en principios de desradiación. Algo como un suero antirradiactivo, diría yo. Usted lo verá más claro si hojea sus apuntes. Y los lee, por supuesto -agregó.

-Los leeré. Admiraba al doctor Bullan.

-Se le presenta la ocasión de convertirse en su más aventajado y único discípulo.

Describir Isótom 81 *por dentro* abrumaría por su complejidad. Era una *ciudad atómica* en todos sentidos y espero que afirmando esto baste para dar una idea de sus colosales miras arquitectónicas. Los hombres que construyeron aquella porción habitada en la infinita grandeza del Espacio merecían el título calificativo de titanes. Aceras, canalizaciones y dependencias para el abastecimiento jalonaban cada manzana. No pude echar nada de menos, exceptuando la luz *verdaderamente* solar y el azul del cielo.

Descubrí que la vida se mantenía a un ritmo urbano que obligaba a dudar de la realidad. Viendo aquello, hasta yo mismo tuve la impresión de que el viaje interplanetario *podía* ser sólo fruto de un sueño y que todavía continuaba en la Tierra, vagando por cualquier ciudad atómica de las incontables que siembran nuestro Mundo.

Pero no. Estaba en Isótom 81. Paseando codo a codo con el profesor Harring y camino de mi destino de médico titular.

Al fin, llegamos al Centro-hospital y el jefe supremo del planetoide me presentó a las personas con las que desde entonces iba a compartir mi existencia. Renuncio de nuevo a entrar en pormenores. A la par que progresa mi relato irán dibujándose sus caracteres particulares. Insisto en que no me propongo escribir un libro, sino revelar porciones íntimas de mi *Diario*.

Acaso debía explicar ahora algo sobre Marcia Randall, y la grata impresión que me produjo conocerla. Sin embargo, lo dejaré para más adelante, aprovechando que pienso aclarar algo sobre el estado de terror que imperaba en la ciudad de los átomos incontrolables.

CAPÍTULO IV
Tiembla el subsuelo

No sé quién dijo aquello de que “una cosa es predicar y otra dar fruto”. Pero la frase íbale a la medida a Isótom 81 y a cuantos lo poblaban.

Allí, lejos de la Tierra, podían apreciarse en completa magnitud sus agudos problemas... y todo se mira con ojos distintos cuando el peligro -siempre considerado a gran distancia- resulta que sólo está al alcance de la mano.

Creo que el profesor Yost -mi admirado *Genio*- se hallaba al corriente de la situación y por ello se abstuvo de explicarme nada concreto la noche de nuestra única y decisiva entrevista. Isótom 81 estaba saturado de radiactividad por los cuatro costados y la vigilancia a cargo de servocontadores, localizadores y cámaras de desradiación no cesaba ni un segundo de cada día. Pero no bastaba para garantizar la *total inmunización*.

La colosal Planta Atómica enclavada en las Montañas del Norte era la causa de aquel estado de alarma continuo. Pese a las precauciones, a la lejanía de la cordillera y a la profundidad en que vivíamos, el polvo y las ondas radioisotópicas se cernían sobre nosotros como un fantasma impalpable y siempre dispuesto a atraparnos al menor descuido.

Pocas horas bastaron para que me hiciese cargo de los hechos. Y lo peor -lo más terrible- es que la lucha no acabaría jamás mientras la Planta Atómica funcionase sin interrupción. Todos cuantos ignoran lo que significa “separación asteroidal” alegarán, sin duda, que el remedio podía ser implantado al instante: Cesación de trabajos en beneficio de la salud pública.

Sí. Muy fácil de decir. Aunque la Planta nunca dejaría de funcionar por la contundente razón de que Isótom 81 fue elegido para albergarla. Isótom 81, sin Planta, no servía para nada a los fines de la Tierra. Y ello, los fines, era lo único que contaba a la hora de la verdad.

No importaba que muriese hombre tras hombre y que los contagios diezmasen a los que todavía se mantenían ilesos. No importaba que el Centro-hospital tuviese en vilo a toda su plantilla sin concederles otro reposo que el imprescindible.

Lo único importante -para el profesor Harring y para el Mundo- era que la Supercentral incrementase su labor y atomizase el *canal* de empuje hasta que la energía poseyese la potencia necesaria para...

Bueno. Ya iba a anticipar los acontecimientos. No lo haré, porque mi descubrimiento llegó después de que el temblor de tierra nos sobrecogiese a todos de espanto y comenzara a circular la noticia del inmenso cráter abierto en la llanura cercana al casquete polar. Primero, diré algo sobre mis actividades en el Centro-hospital.

Así como Harring mandaba en el planetoide y dirigía a los científicos de la Planta, a mí se me confirió poder absoluto en todo lo relativo al Centro-hospital. Una insinuación se transformaba en orden y la más simple orden se obedecía al instante, sin discutirla ni objetarla, por absurda que pareciese. Jamás me ha gustado mandar de una forma tan inexorable. Mas en Isótom 81 no todo eran costumbres terrestres, puesto que también poseía sus leyes propias.

Para auxiliarme directamente en mi cometido personal, disponía de dos ayudantes bien calificados y sumisos. Uno se llamaba Wynne, médico joven y vocacionalmente perfecto. El otro era Marcia Randall, una muchacha cuya presencia en la ciudad atómica me llenaba de confusa turbación. Físicamente, Wynne resultaba vulgar. Ella, aunque no se esforzaba en destacarlo, era extraordinaria en cualquier sentido que se la mirase.

El cuarto día de mi estancia en el Centro-hospital los tres nos habíamos compenetrado ampliamente y hasta tuve la certeza de que siempre trabajamos unidos. Marcia Randall, especialmente, respondía con largueza a las aptitudes reseñadas en su título de diplomada y -como Bullan hizo antes que yo- no tardé en otorgarle mis simpatías y mi confianza.

Quiero ser justo con ella, y creo que pecaría de lo contrario si encomiase sólo sus cualidades profesionales. Desde el punto de vista femenino también hubiese podido disfrutar de otro certificado de diplomada... y yo no habría dudado en firmar el primero.

Joven -acababa de cumplir los 20 años-, esbelta y grácil, pronto me acostumbré a su figura, a sus aleteos en torno y a su carácter risueño y animoso. Ahora, repasando la primera impresión de nuestro contacto, confieso que los grandes ojos negros, la perfecta boca roja y la blanca dentadura uniforme y limpia, fueron los principales causantes de lo que ocurrió después.

Marcia nunca se atrevió a insinuarse conmigo ni inició el menor coqueteo. Posiblemente, sólo veía en mí al médico, al hombre que cumplía su cometido y se responsabilizaba de la dirección del Centro-hospital. Pero cuando los ataques de sueño y locura se hicieron constantes, algo nos empujó al uno contra el otro y... y no digo nada más por ahora.

La mañana del quinto día marcó un hito memorable desde la efemérides de mi llegada a Isótom 81. Yo había terminado la *ronda* de turno por las salas, visitando a los pacientes internados, renovando tratamientos y revisando los diagnósticos preanalíticos hasta considerarlos como probables o rechazarlos por inadecuados.

Un ochenta por cien de los hospitalizados sufrían, como yo no ignoraba, afecciones radiactivas. Unos eran culpables por haber descuidado sus medidas de seguridad y otros tan inocentes como yo mismo, puesto que

atravesaron *campos* saturados de partículas activas. Casi todos ellos pertenecían al personal de la Planta y padecían ulceraciones epidérmicas, metabolismos sanguíneos y hasta ionizaciones de carácter grave. Insistí en las medicaciones prescritas por mi antecesor e introduje nuevos sulfoinyectables en vista de que se producían súbitas anorexias, para comprobar si existían reducciones claras en la sintomatología de sus gráficos.

Wynne se ocupó de inspeccionar la aplicación a cargo de practicantes y Marcia Randall, por indicación mía, realizó la visita en la sala de accidentados. Volví, pues, solo al despacho privado de que disponía, una habitación amplia y capaz, anexionada a la cual empezaba el completísimo laboratorio que fuera propiedad de Bullan.

Aquel sitio me fascinaba y ya antes tuve ocasión de comprobar que Harring dijo la verdad respecto a los cuadernos de apuntes y demás avances logrados para obtener una droga que Bullan designaba como "Antirrad 603".

Tenía hecho el firme propósito de seguir adelante con las investigaciones nada más dispusiese de un poco de tiempo, porque la referida droga, suero o vacuna sería algo así como la solución ideal para preservar a cuantos habitábamos Isótom 81.

Me hallaba redactando el informe clínico y el zumbido del fonograbador alteraba el profundo silencio del despacho. Marcia Randall regresó entonces de su inspección, anduvo hasta la mesa y me dedicó una sonrisa, a la que correspondí inclinando la cabeza.

"...Por lo tanto -concluí-, determino seguir el tratamiento salvo las alteraciones prescritas para los enfermos enumerados en el apartado epigráfico. Parte firmado por Raymond Anderson, director médico del Centro-hospital de Isótom 81. Fin de la grabación décima."

Desconecté el *fono* y pulsé la clavija del archivador para su inclusión en el historial diario del Centro. Marcia esperó a que terminase los rutinarios manejos y entonces, con toda exactitud, me puso al corriente de las novedades observadas en la sala de accidentados.

-Bien -aprobé-. Tómese un par de horas de libertad. No la necesitaré hasta la tarde.

Era la primera vez en aquellos cinco días que yo le daba permiso. En realidad, nadie -ni ella misma- me había pedido que lo hiciese; pero yo recordaba mis intensos *turnos* en la *Institución O'Danley*, de la Tierra, y sabía lo mucho que agradecen los subalternos estas pequeñas muestras de humanidad por parte de los superiores jerárquicos.

-Desea que le deje solo, ¿verdad? -replicó.

La estuve mirando sin comprender el alcance de sus palabras, ya que, ciertamente, ésta no fue la intención que me guió al facilitarle el breve

asueto.

-Perdone -añadió-. Ya sé que debo obedecerle en todo.

-No es eso, Marcia -dije-. Esperaba que acogiese la indicación con alegría. El trabajo de inspección diaria ha terminado y ambos podemos permitirnos el lujo de un corto descanso.

-Salga usted, doctor -sugirió-. Se lo ha ganado. Yo no tengo nada que hacer por las calles de la ciudad y aquí, aunque parezca que no hay labor inmediata, siempre existe alguna tarea de pasatiempo. Ayudaré a los enfermeros de servicio.

Yo sonreí ante su sinceridad y tuve el valor de formular una pregunta casi privada.

-¿Es que no tiene amigos en Isótom 81?

-No -contestó con franqueza-. El doctor Bullan y Wynne fueron los únicos desde que llegué. Creo que me aburriría soberanamente nada más salir del Centro-hospital.

-En tal caso, haga lo que más le plazca. No la necesito por ahora.

-¿Y usted? ¿Piensa seguir en el despacho?

-Voy a deambular un rato por el laboratorio. Tampoco tengo amigos. Y ésta es mi primera oportunidad de recorrerlo detenidamente.

-Casi puedo decir que lo suponía -repuso-. Me pareció adivinar que esperaba, precisamente, una ocasión así para enfrascarse con mayor atención en los ensayos sobre la “Antirrad 603”.

-Es muy perspicaz por su parte la observación. Me admira.

-¡Oh, no se admire! -sonrió-. Trabajé un año seguido con el doctor Bullan y también él aprovechaba los ratos perdidos para estudiar en el laboratorio. Yo le ayudaba -confesó-. Quizá podría orientarle de forma genérica, puesto que seguí paso a paso sus últimos progresos. ¿Le importaría?

-En absoluto. Al contrario, no dudo de que su colaboración sería inestimable, Marcia. Pero no me atrevía a pedirle esfuerzos fuera de horas. Hay un reglamento.

-Me apasiona el asunto de la “Antirrad 603” -afirmó-. Sería obvio que le explicase la razón, porque usted no ignora la falta que nos hace en Isótom 81 el descubrimiento de un suero de radiorresistencia permanente.

-Está bien -convine-. Acepto el ofrecimiento. Manos a la obra. Ante todo, quiero organizar los apuntes a mi manera y reproducir los ensayos. ¿Contamos con material experimental?

-Conejillos marcianos e insectos -informó-. Están en otra dependencia, protegidos por campanas atemperadas de cristal. Algunos de ellos ya fueron inoculados y sometidos a dosis progresivas de radioisótopos. Casi ninguno resistió los ensayos al aumentar la radiactividad. Teóricamente, la droga ha sido conseguida; pero falla en la práctica. Acaso obedezca a una

mala combinación de sus componentes o que no fueron dosificados en perfecta relación a un organismo humano.

-Lo averiguaremos -dije confiado-. Bullan nos ha facilitado la parte más espinosa del trabajo.

-Sí. Invirtió más de dos años en los preliminares y cuando yo llegué al planetoide se ocupaba de los experimentos iniciales.

-¿Cómo se le ocurrió buscar esa droga?

-Debía haberle conocido, doctor Anderson. Era un hombre todo actividad y dominado por la inquietud de la Ciencia. Hubo un momento en que creyó conseguido lo que se proponía. Fue poco antes de su muerte.

-Siga.

-Cometió la temeridad de inyectarse a sí mismo medio miligramo del suero... y se sometió a una contaminación radiactiva. Lo hizo por su propia cuenta y riesgo, inmolándose en aras de un experimento que ningún otro se habría atrevido a soportar. Pero tuvo mala suerte.

No quiso añadir más, quizá arrepentida de aquella confesión que aportaba luz sobre las verdaderas causas del fallecimiento.

-Comprendo -murmuré-. La práctica volvió a derrotar a la teoría.

-Sí. Murió dos días después.

-Nosotros seremos precavidos -dije, tratando de dar un giro menos doloroso a la conversación-. Ensayaremos hasta que no quede la más remota posibilidad de fracaso. Los conejillos y los insectos resolverán nuestros errores.

-Es un trabajo peligroso -señaló-. ¿Ha manejado alguna vez isótopos radiactivos?

-Nunca.

-Exige extremos cuidados y gran serenidad. Presencia de ánimo a prueba de emociones. Como dice el profesor Harring, carencia total de nervios.

-¿Podemos confiar en Harring para estas cuestiones?

Ella se encogió de hombros. Mi interrogación, un tanto desconfiada, la libró de sospechas. Entonces supo que el director supremo del planetoide no me había caído excesivamente simpático.

-Al doctor Bullan le dio muchas facilidades al principio... pero tuvieron palabras fuertes cuando le acusó de excesos en la Planta Atómica.

-¿Excesos?

-Verá usted, doctor. El problema de Isótom 81 es un círculo vicioso. En la Tierra desean que el profesor alcance resultados en breve. Hasta creo que los ha obtenido ya. Pero incrementando los campos atómicos, crece considerablemente la radiactividad y el peligro de extinción contra los pobladores del planetoide.

-Lógico -admití.

-La Física Nuclear y la Medicina militan en zonas opuestas, fomentándose la agresividad. Si la Planta dejase de trabajar un mes, la droga podría ser probada en seres humanos y corregir sus valores antes de que la saturación ambiental la hiciese ineficaz. Pero la Planta no cesará... y la ciudad se halla cada día más próxima al desastre.

-Me pareció que Harring se hallaba predispuesto a colaborar. Habló de los apuntes del doctor Bullan y hasta me aconsejó qué prosiguiese el estudio.

-No cederá un ápice de su terreno. Desea que “Antirrad 603” sea una realidad..., pero no para salvar vidas humanas.

-¿Entonces?

-Sólo como garantía de los hombres que todavía no han sido contaminados y con miras a *superar* aún más los trabajos de la Planta Atómica. Conservará los que tiene, pero cuantos han caído víctimas del mal ya no representan nada para él. Como máximo, es tarea nuestra.

-¿No podríamos llegar a un acuerdo?

-Inténtelo. Ya le advertí que el doctor Bullan y él acabaron enojándose.

-Bueno. Me ocuparé de ello la próxima vez que le vea.

-Tendrá usted que buscarle en la Planta, porque casi nunca abandona la fortaleza. A lo sumo, manda un inspector plenipotenciario de vez en cuando para supervisar la marcha del Centro-hospital.

-Iré allí.

-¿Le ha invitado?

-No.

-Entonces, perderá el tiempo. Usted no ignora que la verdadera razón de que Isótom 81 haya sido poblado reside en la Supercentral Atómica. Nosotros estamos aquí por necesidad y para secundar sus fines. Harring es el todopoderoso del planetoide y encierra su misión en la coraza del secreto. Éstas son las órdenes de la Tierra. Nadie, absolutamente nadie, podrá interrumpir los trabajos. Toda la zona de las Montañas del Norte es terreno prohibido para la población, incluidos los médicos. Si alguna vez le llama, será por cuestiones profesionales y después le enviará de nuevo al Centro-hospital sin haberle sacado seis palabras seguidas a favor de una suspensión

-Usted sabe qué pretende la Tierra, ¿verdad?

-Sé tanto como cualquier otro, doctor.

-Yo lo ignoro todo. ¿Puede darme una idea?

-“Separación asteroidal” -dijo Marcia-. He ahí el principio y el fin de mis explicaciones.

-No es mucho. ¿Qué significa “separación asteroidal”?

-Sólo el profesor Harring conoce el significado exacto del programa. Desde que me encuentro en Isótom 81, he visto conceder prioridad absoluta

a cualquier asunto avalado por las iniciales S.A., porque ellas representan el origen de todo, hasta el de que Isótom gravite en el espacio con habitantes terrestres. Pero nada más. Lamento no poder satisfacer su curiosidad.

-No me gustan las cosas confusas.

-A nadie. Pero si usted expone esto al profesor Harring, se limitará a recordarle que no es de su incumbencia y que debe ceñirse a las tareas propias del Centro-hospital. Lo he oído otras veces.

Estábamos en el laboratorio desde hacía bastante tiempo y aún seguíamos con la conversación iniciada en el despacho. Nunca como entonces sentí la vaguedad de mi posición y el descorazonador efecto de que todos vivíamos a *ciegas* en Isótom 81.

Si esto ocurría en la propia ciudad atómica... ¿qué otra cosa podía esperarse en la Tierra? La impopularidad, las polémicas surgidas en torno al proyecto y el desagrado con que se censuraba a la colonia destacada más allá de Marte, las encontré entonces perfectamente justificadas.

-No se inquiete -agregó Marcia-. Harring es una roca y nadie puede sacarle sentimientos a una roca. Continúe usted como hasta ahora y páguele en la misma moneda: indiferencia. Cuando descubramos “Antirrad 603”, se habrán variado los papeles y en la Tierra tendrán que escucharnos.

-¿Son suyas esas palabras?

Marcia enrojeció y el rubor acentuó la pura belleza de su rostro oval.

-Son del doctor Bullan -confesó.

-Lo suponía -repliqué risueño-. Acepto sus consejos y voy a ponerlos en práctica desde este momento. Olvidemos la Planta Atómica y al profesor Harring. Salvar vidas es lo que cuenta para la Medicina.

-¿Por dónde comenzamos?

-Tráigame los apuntes. Deseo clasificarlos por períodos, desde el más antiguo al más reciente.

Yo estaba en mi elemento dentro del laboratorio y volvía a sentirme como en la *Institución*. O mejor, porque el instrumental y medios puestos a mi servicio superaban en mucho a los de la Tierra. Allí, entre probetas, tubos de ensayo y un alineado ejército de plomofrascos rotulados, me consideraba lo mismo que un rey dueño de feudos y vasallos. Nos pusimos a trabajar en seguida y no tardamos en desterrar de nuestra imaginación el nebuloso proyecto secreto designado por S.A.

Dije que la mañana del quinto día marcó un hito desde mi llegada a Isótom 81. Así fue. Ocurrió entonces el sísmico temblor de tierras que tantos dolores de cabeza nos produciría a la larga. Claro que nosotros ignorábamos lo que se ocultaba tras el inocente sacudimiento superficial. La vida iba a variar bastante a partir de entonces.

Marcia y yo teníamos clasificados una tercera parte de los apuntes.

Trabajábamos a buen ritmo, sin hablar. Al parecer, a ella le ocurría como a mí, es decir, que se embebía con facilidad en la tarea. No deseo que me motejen de presuntuoso, pero la verdad es que yo capté primero el anormal tintineo.

De momento, no supe a qué atribuirlo. Nos hallábamos a 300 metros de profundidad y lógicamente ningún sonido podía llegar del exterior del planetoide. Sin embargo -y esto fue algo que más tarde me obligó a reflexionar- un campo expansivo creó ondas en el subsuelo y motivó la ligerísima trepidación en los cuerpos no fijos. Todo ello lo deduje algún tiempo después, cuando comenzaron mis sospechas y las primeras discrepancias con el profesor Harring.

El tintineo cristalino obedecía a dos probetas que *chocaban* entre sí... ¡igual que animadas de vida propia! El resto del instrumental seguía inmóvil, tal como correspondía a su condición de objetos inanimados. Levanté la cabeza, presto, y Marcia me imitó, dirigiendo la vista en la dirección que miraban mis ojos.

-¡Qué raro! -exclamó-. Están temblando... ¡y no existe ni la menor corriente de aire!

-No lo entiendo -repliqué-. Acaso se trata de un fenóm...

Entonces, inopinadamente, se produjo la sacudida. Fue una especie de brusco salto -dado al unísono por el edificio en peso- que a Marcia casi logró derribarla del asiento y a mí me obligó a tambalearme. Un ruido lejanísimo, crujiente, se esparció en torno y apostaría mi vida a que no duró más de tres segundos escasos. No obstante, fue suficiente para trastornarnos a todos y originar algunas pequeñas catástrofes en ciertos sectores de Isótom 81.

Varias hileras de frascos se vinieron al suelo y la mayor parte de los objetos de vidrio se convirtieron en añicos. Un pedazo de la pared se desgajó, mostrando una sinuosa grieta. Marcia, a su pesar, sofocó un grito angustiado.

Tan pronto como iniciόse el rápido temblor, finalizó. Ya dije que apenas duró tres segundos. Luego, surgiendo de las entrañas mismas del Centro-hospital, se elevó un clamor de alaridos y exclamaciones de sorpresa.

-¿Se encuentra bien? -pregunté, nervioso.

-Sí. ¿Y usted?

-No fue más que el susto... en lo tocante a nosotros. Pero mire las anaquelerías del laboratorio... ¡y la pared!

-¡La Central Atómica! -dijo ella, levantándose y mirándome con fija desazón-. ¡Algo ha debido estallar allí!

-No lo creo -rechacé-. El sonido nos hubiese dejado sordos para mucho tiempo... y además aún seguirían las explosiones. Fue una sacudida seca y

rápida.

-¿Entonces...?

-Un movimiento sísmico -deduje-. Casi seguro.

-¿Un seísmo? ¿Y de tan corta duración?

Afuera, en los corredores, galerías y salas del Centro-hospital se advertían las prisas, el deseo febril de ocuparse en restablecer la calma, y el griterío de los internados. Tomé el manojo de apuntes y los guardé en un cajón de la mesa de ensayos.

-Vamos -ordené-. Quizá nos necesiten.

Marcia afirmó mecánicamente y salió tras mis pasos, que resonaban con estruendo al pisar las cristalinas partículas esparcidas por la habitación. El despacho no había sufrido desperfectos, exceptuando otra grieta que casi recorría el techo como una caprichosa cicatriz. Pensé que todo el edificio se habría resentido por la sacudida... igual que los restantes de Isótom 81.

No pude dedicar mucho a mis reflexiones. El personal clínico corría de un lado para otro, cruzando junto a nosotros, pero sin prestarnos atención.

-¡Deténgase! -grité a un practicante, asiéndole por el brazo-. ¿A dónde va usted?

-¡Doctor! -replicó-. ¡Ha sido terrible!

-¿Algún daño de importancia en el Centro-hospital?

-Todavía no lo sabemos. Estoy recorriendo ¡as dependencias para averiguarlo...

-Pues ya ha corrido bastante -decidí-. Venga conmigo a la sala principal. Allí decidiremos lo que debe hacerse.

Cuando desembocamos en ella, Marcia y yo nos habíamos hecho acompañar por unos quince facultativos a los cuales detuvimos por el mismo procedimiento. La serenidad comenzaba a recobrarse, seguramente ante la ausencia de nuevas sacudidas, y los hospitalizados, después del primer momento de espasmo, luchaban por dominar sus nervios.

Prácticamente, la calma volvía a extenderse entre cuantos ocupábamos la instalación clínica. Rodeado de hombres que aguardaban mi decisión, empecé a impartir órdenes con la voz más autoritaria y áspera que hasta entonces había empleado en Isótom 81.

-Nada de histerismos -gruñí-. Ya ha pasado el temblor y es estúpida su actitud. Preocúpese de dar el ejemplo y normalicen la situación sin aspavientos. Ustedes cuatro -señalé- vayan a echar una ojeada por las dependencias y anoten cuanto de irregular encuentren en ellas. Los demás tranquilicen a los enfermos y díganles que no ha sucedido nada extraordinario. Usted -volví a señalar- póngase en comunicación con la Prefectura de Seguridad y averigüe el origen del golpe. Seguiré aquí y les llamaré si necesito de alguien en particular. ¡Vamos! ¡No estén parados como estatuas!

El efecto de mis palabras les azotó de pies a cabeza. Las voces habían cesado. Marcia, a mi lado, aguardaba también. La sala principal se desalojó con gran velocidad y los dos quedamos solos.

-Aquí se aprecian ligeras desconchaduras -observó-. ¿Por qué? En el laboratorio vimos...

Porque estamos a mayor profundidad -contesté-. Los lugares más castigados habrán sido precisamente los próximos a la superficie. Eso parece demostrar que el *movimiento* se produjo en lo alto.

-En la Planta Atómica -insistió ella.

-Abandone la idea, por favor. Es absurda. Si algo hubiese sucedido en la Supercentral... ¿imagina lo que quedaría ahora de las Montañas del Norte?

-Sí. Una llanura.

-Exacto. Pero una cordillera completa no desaparece silenciosamente -precisé-. ¿Escuchó algo aparte del imperceptible crujido?

-No.

-Ha sido un terremoto -mascullé con terquedad-. Cada vez estoy más seguro de ello. O también podría tratarse de...

-¿De qué?

Hubo anhelo en la pregunta de Marcia. Los bellos y grandes ojos negros me miraban de un modo desacostumbrado, igual que si esperase escuchar todas las soluciones al enigma brotando tranquilamente de mis labios.

Yo no estaba tranquilo. Al contrario. Acaso pretendía quitar importancia a los misteriosos hechos con la secreta convicción de atajar un posible pánico.

Antes de replicar lo que ya tenía pensado, Wynne desembocó por uno de los pasillos y anduvo con viveza hacia nosotros. Me alegré de que su presencia interrumpiese la conversación. Llevaba los cabellos blanqueados de polvillo, lo mismo que si algún desprendimiento le hubiese pillado debajo.

-Celebro verle -dije-. Ya estaba preguntándome qué habría sido de usted.

-Me encontraba en el Quirófano Cuatro -explicó-. Se derrumbó un tabique a tres palmos de mí..., pero por fortuna no hemos tenido que lamentar desgracias personales. ¿A qué obedecerá este *escalofrío* de la tierra?

-Marcia opina que a la Planta Atómica -sonreí.

-¿Y usted, doctor?

-Creo más acertada la calificación de *escalofrío*. Parece motivado por causas naturales, pese a que a todos nos ha sorprendido antinaturalmente.

-No sé. Es la primera vez que ocurre en Isótom 81 algo parecido.

-Saldremos de dudas en breve. He enviado a un interno para que se ponga en contacto con la Prefectura de Seguridad...

-¡Llamada al doctor Anderson! -avisó entonces un multiamplificador-. ¡Llamada al doctor Anderson! ¡Por favor, acuda al telecomunicador más próximo!

-Es para usted-recalcó innecesariamente Marcia Randall.

-Hay un aparato de *intercom* a la entrada de la sala -agregó Wynne-. Estará conectado... si no ha sufrido averías.

-Vamos -decidí.

La paz volvía a reinar en el Centro-hospital. Momentáneamente al menos, la situación estaba superada v el instante de crisis nerviosa pasó. El personal hospitalizado se comportaba sensatamente y atendía los ruedos de los clínicos, encaminados a no perder el ánimo ni la serenidad.

Acompañado por Marcia y Wynne llegué al *intercom* y oprimí el botón de encendido. Emitió un parpadeo, destelló a intermitencias y, por último, la pantalla apareció definitivamente iluminada. A los tres nos dejó sorprendidos la imagen reflejada en el rectángulo convexo.

-¡Profesor Harring! -musité con énfasis.

-Hola, doctor -me saludó tras curvar los labios en una risita irónica-. Veo que se encuentran perfectamente.

-Sí. Creo que no se han producido bajas. Usted también ha salvado el tropezón, ¿eh?

-Pero con heridos -advirtió-. Le he llamado porque preciso de sus servicios. Disponga una heliambulancia y venga a la Planta. Mejor será que le acompañe un equipo de urgencia.

-¿Alguno grave?

-No lo sé. Ya le dije una vez que sólo entiendo de matemáticas.

-¿Han sufrido muchos destrozos?

-El daño podía haber sido mayor, desde luego. Aquí tenemos un montón de cosas delicadas y el temblor nos ha estropeado varias de ellas. No puedo contestarle con certeza, porque todavía nos hallamos ocupados en justipreciar las roturas.

-Bien. Voy para allá.

-No tarde. Y traiga un quirófano portátil de emergencia. Quizá deba operar.

Me proponía añadir una nueva pregunta, pero la pantalla se obscureció en seguida, demostrando que Harring acababa de cortar la conexión. Cerré la recepción de ondas del *intercom* y me volví a mirar a Marcia y a Wynne.

-Ya lo han oído -dije.

-Dispondré lo necesario -se anticipó mi ayudante.

-Hágalo -autoricé-. Pero usted no me acompañará, Wynne -decidí al instante-. Alguien debe quedarse al frente del Centro-hospital durante mi

ausencia y le creo el más indicado. Anote el balance de los desperfectos, porque quiero echarle una mirada a mi regreso.

-Como usted mande, doctor.

Los ojos de Marcia buscaron los míos. La mirada serena y apacible los embellecía como siempre. Sonreí, para calmar sus lógicos recelos.

-Designe a un par de sanitarios de confianza. Usted vendrá conmigo, Marcia.

-Gracias, doctor.

-La invitación ha surgido más pronto de lo que esperábamos -comenté-. Una ocasión magnífica para visitar la Planta Atómica.

Ella asintió. El interno Stolz -a quien yo había enviado para que se pusiese en contacto con la Prefectura de Seguridad- entró entonces en la sala, recorriendo el pasillo a largas zancadas.

-¿Qué hay? -apremié.

-Dicen que ha sido motivado por un choque en la corteza terrestre. Algo así como un astro errante -contestó.

-Un meteorito.

-Todavía no les es posible afirmarlo. Nos mantendrán al corriente nada más regresen las patrullas de exploración.

-Bien. Póngase a las órdenes del doctor Wynne. Él asume desde ahora la dirección del Centro-hospital. Vamos, Marcia. Tenemos trabajo en la "casa de los átomos".

CAPÍTULO V
El pozo

Y lo tuvimos de verdad, porque ocho operarios habían recibido contusiones de diversas clases. Entre otras, fractura de tórax al quedar apresados dos de ellos debajo de una gigantesca viga metálica que se derrumbó nada más quebrarse los *cuchillos* de sustentación. El quirófano portátil entró en funciones y Marcia y yo, nos vimos forzados a operar en unas condiciones realmente vertiginosas.

A pesar de lo cual, debo admitir que la intervención resultó digna de elogio. Media hora de retraso y uno de ellos, por lo menos, habría muerto.

La Medicina llegó a tiempo de disputarle una presa a la feroz Igualadora y evitó que el censo de Isótom 81 se mermase en una unidad. La doble operación en sí creo que carece de interés para los profanos y no me extenderé en pormenores. Es otra cosa lo que me propongo relatar.

Algo relacionado con lo que llamaba para mis adentros *psicosis atómica*, y que viene a demostrar la labor de carcoma que la influencia de los radioisótopos iba produciendo en las mentes de cuantos poblábamos el planetoide. Todavía era yo un forastero en Isótom 81, pero ya poseía sobradas razones para comprender hasta qué punto se temía al azote de las radiaciones.

Sólo observando rigurosamente las medidas de seguridad impuestas, podía mantenerse la sorda lucha contra el impalpable e invisible enemigo. Un descuido bastaba para sufrir la sentencia fatal y pasar al Centro-hospital en calidad de *paciente bajo observación radiactiva*. No es de extrañar, pues, que la gente viviese atemorizada por la perspectiva de contaminación.

Antes de entrar en materia, anticiparé que la Planta Atómica me causó una impresión formidable. Yo había tenido ocasión de contemplar algunas centrales de la Tierra; pero entonces experimenté la sensación de que sólo podían tildarse de *maquetas* al compararlas con la extraordinaria planta nuclear sobre la que evolucionaba la heliambulancia que nos transportó por los aires igual que un incendiario cohete.

Aquello equivalía a pretender establecer relaciones entre un paquidermo y una minúscula hormiga. Las montañas del Norte -gruesas moles de pizarra y granito, melladas por profundas aristas de tipo alpino- oficiaban de apabullante "cinturón" protector y constituían la mejor muralla de aislamiento que yo había visto jamás. La planta atómica ocupaba un valle casi circular cuyo diámetro no sería inferior a los cuarenta o cuarenta y cinco kilómetros. Una serie de edificios apiñotados, cúpulas globulares y semiesferas articuladas con arcos móviles se extendían hasta donde alcanzaba la vista... que era mucho terreno para los tripulantes de la heliambulancia.

Por primera vez distinguí fuerzas del ejército regular terrestre y una escuadra de *lanzas* interplanetarias alineadas en un espaciopuerto triangular, donde se alzaban torres de control, casamatas antinucleares y emplazamientos de baterías para el uso de proyectiles teledirigidos por control remoto. Armamento del mejor, del más eficaz y del difícilmente interceptable. Marcia me explicó que constituían las defensas militares de Isótom 81, prestas a entrar en acción si se producía un ataque.

-Un ataque... ¿de quién? -me extrañé-. Marte y Júpiter son planetas adscritos a la Federación Interplanetaria de la Tierra. Todos sus satélites *naturales* y un buen número de artificiales constituyen bases tácticas terrestres y están ocupadas por guarnición de asalto. Nos hallamos tan seguros en Isótom 81 como los habitantes de Londres, París o Nueva York.

-Pero entre Marte y Júpiter existen miles de asteroides, doctor.

-Esa no es razón de alarma. Ninguno de ellos es lo bastante poderoso como para atreverse a provocar a la Tierra.

-Uno solo no... pero todos juntos forman un núcleo de consideración.

-¿Y qué? -rezongué-. Están bajo control, son pobres, dependen de nosotros. No comprendo qué podemos temer de ellos, Marcia.

-Lo esencial, es que ellos jamás comprendan lo que pueden temer de *nosotros*.

-Explique eso, por favor.

-No sabría hacerlo. Me limito a repetir unas frases que en cierta ocasión pronunció el doctor Bullan. No debemos olvidar que el nacimiento de Isótom 81 como astro vivo obedece a un proyecto conocido por *separación asteroidal*. Cuando el gobierno terráqueo ha decidido dotarnos de defensas aéreas y medios de ataque, será porque entraña cuestiones de seguridad.

De nuevo volví a lamentar la irreparable desaparición del doctor Bullan, único quien, al parecer, conocía el significado de sus propias palabras. Aquel hombre debía *saber muchas cosas* que todavía ignorábamos los demás.

La heliambulancia se disponía a tomar tierra y yo no pude ocuparme en meditaciones abstractas. Más tarde, como ya he relatado, tuvimos que operar a toda prisa, en plan de emergencia.

Fue algo después de usar los instrumentos de electrocicatrización cuando aconteció lo que me propongo informar. Los heridos recibieron adecuada atención clínica por parte de Marcia y los sanitarios. Según advirtieron al profesor Harring, en mi propia presencia, los daños causados por el temblor no habían afectado grandemente a las instalaciones de la planta, por lo menos hasta el extremo de obligarles a interrumpir los trabajos atómicos.

Ciertos utensilios extremadamente sensibles tendrían que ser rectificados y calibrados de nuevo, eso sí; pero en general, las

monumentales edificaciones resistieron el inusitado estremecimiento del suelo sin deterioros alarmantes. También conocí entonces el origen del *temblor*.

-Ha sido motivado por el encontronazo de un astro contra Isótom 81 -dijo Harring, después de una conversación telefónica con el prefecto de seguridad-. Ya han enviado un equipo al lugar del suceso para investigar concienzudamente. Un meteoro gigante, posiblemente; o quizá, un asteroide pequeño escapado de su órbita y atraído desde enorme distancia. Podemos dar gracias porque el *choque* se produjo en el casquete polar del planetoide y de forma oblicua. Si llega a aplastarse contra el ecuador, la ciudad subterránea habría quedado destrozada y excuso decirle la catástrofe que esperaba a la planta. En fin -agregó-. Estas cosas no son nuevas en el Espacio.

-Para un terrestre sí son nuevas -objeté.

-Cierto. Pero ya se acostumbrará a la idea de que vive en un pequeño mundo totalmente distinto del nuestro. Allí, no ocurren por la sencilla razón de que las capas atmosféricas actúan de muelles amortiguadores y van *deshaciendo* los meteoritos hasta reducirlos a la minúscula expresión de materia. Por ello, la corteza terrestre apenas queda alterada por un boquete insignificante. En Isótom 81 carecemos de defensas atmosféricas y nada se opone a la trayectoria de un cuerpo extraño.

-Cuando cruzamos el espacio en la heliambulancia descubrí un aerocuartel y *lanzas* de combate.

-Sí -afirmó Harring concisamente.

-La presencia del meteorito pudo ser detectada con antelación por las barreras de rayos exploradores. ¿Cómo no avisaron?

El profesor sonrió, burlón.

-Lo de las barreras de rayos no deja de ser una teoría suya, ¿verdad?

-¿Es que no existen?

-No. Recuerde que Isótom 81 es un planetoide todavía en período de instalación. Ya he pensado en ello y tengo cursada la petición al Alto Mando Interplanetario de la Tierra. Pero no nos dotarán de más elementos militares mientras tanto permanezcamos en situación estacionaria. Cuando mande el primer informe detallando "resultados positivos", será el momento apropiado para exigir con energía.

-Me muero de curiosidad hace algunos días, profesor.

-Creí que seguiría usted con su política inicial de averiguar las cosas intrigantes gradualmente.

-He procurado seguirla... pero me declaro impotente. ¿Qué persigue la Tierra con el ajetreado proyecto de *separación asteroidal*?

-Pregunta directa -observó Harring sin inmutarse-. Ya lo sabrá algún día.

-¿Cuándo?

-Acaso cuando se produzcan los primeros *resultados positivos*. ¿Satisfecho?

-Veo que no tiene confianza en mí.

-Mucha -posó la fría mirada en Marcia y completó-: En usted, en la señorita y en todos cuantos nos rodean. Pero jamás me ha atraído mezclarme en tareas ajenas a las de mi incumbencia. Usted labore en el Centro-hospital, estudie los apuntes del doctor Bullan y ocúpese de los internados. Es lo suyo. Deje para mí la dirección de la Planta.

-Interpreto su respuesta como una negativa -censuré.

-¿Qué ganaría sabiendo la verdad? Nada... excepto sentirse abrumado por responsabilidades.

-Así estoy abrumado por las dudas.

-¿Es que le sobra tiempo para dudar? El doctor Bullan opinaba que el Centro-hospital le absorbía hasta las horas del sueño. Siga su ejemplo. Como buen discípulo debe imitar al maestro. Hablando del maestro -añadió, para desviar la conversación-. ¿Adelanta algo respecto a la *Antirrad 603*?

-¿Por qué se preocupa de cosas que *no son* de su incumbencia? -repliqué secamente.

Durante varios segundos cargados de tensión, Harring y yo nos estuvimos mirando rectamente a los ojos, sin un parpadeo. Marcia Randall, a mi lado, contuvo la respiración y los sanitarios cuchichearon en voz baja, tal vez asombrados de mi audacia.

Lo era en efecto, máxime teniendo en cuenta que el profesor representaba la suprema autoridad de Isótom 81. Comprendí porqué Bullan y él -según confesión de Marcia -tuvieron *palabras fuertes* en otras ocasiones. Su actitud resultaba intolerante en demasía.

-No vuelva a mostrarse insolente -murmuró él.

-Correspondo al método que usted me ha enseñado -contesté con aplomo.

-Ese es *mi* método. No lo olvide, doctor. Y siempre que le dirija una pregunta, respóndala como es debido. Es la única forma de que nos entendamos.

Creo que la animosidad vibraba en sus palabras y yo sentí vividos deseos de pagarle en la misma moneda. Quizá lo hubiese hecho. Ahora -teniendo tan lejos de mí las aventuras corridas en Isótom 81- reconozco que habría cometido una injusticia.

El profesor Harring cumplía órdenes. Le recomendaron que mantuviese la boca cerrada y hasta debo estarle agradecido por la deferencia que tuvo conmigo la mañana que fuimos hasta el borde del cráter. Entonces *habló*.

Pero la conversación se habría agriado lamentablemente a no ser por la

llegada de un hombre ataviado con el blanco uniforme protector que distinguía al personal de la Planta. Aquella fortuita intervención sirvió para soslayar el altercado que latía en el aire. Todos apreciamos que estaba nervioso, que la palidez cubría sus mejillas y que tembló la voz al exponer:

-¿Puedo hablarle ahora, profesor?

-¿Qué ocurre, Mason?

-Le traigo un resumen de los destrozos y mención del tiempo que tardaremos en subsanarlos -dijo.

-Bien. Déjelo sobre mi mesa. Lo estudiaré más tarde.

-Hemos pasado lista, tal como usted ordenó, señor...

La frase quedó sin completar, flotando en torno a nosotros, pero su acento fue tan medroso que inmediatamente captó la atención de los reunidos. Harring, frunciendo las cejas, rezongó:

-Vamos, termine. ¿Qué iba a decir?

-Falta un hombre -confesó de sopetón.

-¿Ha tenido en cuenta los heridos?

-Sí, profesor. Ocho en total. Sigue faltando un hombre.

-¿Quién?

-Vico Barttoli, un *activador* del sector residual.

-No es posible -murmuró Harring con la faz ensombrecida-. Busque bien. Reúna una brigada y sometan el sector a un registro sistemático. Quizá yazga enterrado bajo los escombros.

-Fue la primera medida que adopté...

-¡Basta, Mason! -gritó el profesor-. ¡Búsquenlo! ¡No puede haber desaparecido!

Yo hubiese dado cualquier cosa por saber lo que *realmente* estaba pensando Harring. En el cerebro de aquel hombre había nacido un temor, cuya razón ninguno de nosotros alcanzábamos a concebir. Mason se atragantó. La violenta energía de Harring nos intimidó a todos y yo -aunque todavía ignoraba el motivo- presentí que la desaparición del *activador* podía tener consecuencias funestas para el personal de la Planta. Ciertamente, los trabajadores no estaban demasiado tranquilos después del temblor. Hasta me atrevería a asegurar que tomaron el suceso con bastante menos serenidad que mis propios internados.

El fantasma indefinible, lo que yo designaba como *psicosis atómica*, no tardaría en materializarse. Vi a Mason hacer esfuerzos para contener la excitación.

-¿Tendré que ocuparme personalmente del registro? -recordó Harring-. Cumpla mis órdenes.

-Sí, señor.

-Y manténgame al corriente de cualquier novedad.

Mason se alejó de nosotros y yo le seguí con la vista, percatándome de

que no tenía la menor fe en repetir la exploración. Mis sanitarios acababan de plegar el quirófano portátil y el instrumental ocupaba las valijas de plastocuero. Marcia Randall aguardaba también mis instrucciones. Estábamos listos para saltar a la heliambulancia y emprender el regreso a la ciudad.

-He de rogarles que permanezcan un poco más en la Planta -dijo Harring evitando que su mirada turbia se cruzase con la mía-. Tal vez les necesite. Creo que Barttoli aparecerá enterrado y quizá malherido. ¿Alguna objeción, doctor?

-Ninguna.

-Lo prefiero. Acomódense.

Tomamos asiento y durante todo el lapso que duró la espera no volvimos a hablar. El silencio acentuó la tirantez que reinaba entre nosotros.

Ni siquiera Marcia, tan vivaz de costumbre, hizo nada para aliviar la tensión casi física establecida tras mi discrepancia con Harring y su tajante imposición de autoridad.

Permanecimos en aquel estado sobre poco menos de media hora, aunque a todos se nos antojó que llevaba transcurrida una semana cuando Mason compareció nuevamente. Tampoco entonces su rostro denotaba tranquilidad. Al contrario. Había aumentado la alarma.

-Lo hemos encontrado -anunció.

-Estaba convencido de ello. ¿Vive?

-Sí, profesor Harring. Pero...

-No empiece con vaguedades. ¡Dígalo todo de una vez!

-La sacudida debió arrojarle de la plataforma de vigilancia... -Mason inclinó la cabeza-. Ha caído en el pozo B.

-¿Hasta el fondo?

-No.

Harring dejó escapar un suspiro y yo crucé una mirada con Marcia, porque no entendía qué alivio podía experimentar.

-Estaba desvanecido encima de la primera repisa y por ello resultó imposible descubrirle antes -añadió Masón-. Ahora ha comenzado a gemir y gracias a sus lamentos hemos podido localizarlo, señor.

-Vive -concretó el profesor-. Sáquenlo de allí cuanto antes. El doctor lo reconocerá y tomará las decisiones que vengan al caso. Supongo que lo trasladará al Centro-hospital, ¿no?

-¿Por qué? -pregunté.

-Ha permanecido en el pozo B -repitió Harring, como si aquello lo explicase todo.

-Si no hay mucha altura del borde a esa repisa de que hablan, puede que no sufra más que de magullamientos generales...

-No me comprende -atajó.

-Perdonen -intervino Marcia-. El doctor Anderson ignora lo que usted trata de decirle -se volvió hacia mí-. El pozo B es uno de los ciento cuarenta que existen para la eliminación residual de materiales radiactivos. Un túnel vertical de desperdicios. Los que trabajan en calidad de *activadores* tienen por misión vigilar la consunción de la materia viva radioisotópica y son quienes más expuestos se hallan a la contaminación. Si hubiese caído en el fondo, o sobre otras repisas cercanas a él, las irradiaciones le habrían matado al poco tiempo. Estando suspendido en la parte alta, existe un peligro menor; pero de todas formas, convendría someterlo a una cura de depuración.

-Gracias -dije-. Ahora está más claro. ¿Es que ese hombre no llevaba equipo protector?

-Desde luego -masculló Harring-. Pero el golpetazo quizá haya desgarrado el tejido. Creo que no ignorará también que la protección ha de ser mediante vacío total. Protección efectiva, se entiende.

-Eso ya lo sabía. ¿Qué esperamos pues? ¡Hay que sacarle del pozo cuanto antes!

-Pida un voluntario, Mason -indicó el profesor.

-Temo que...

-¡Ofrezca un premio!

-No es cuestión de dinero, señor -se alzó de hombros-. Vico Barttoli no gozaba de simpatías dado su carácter. Es mejor que lo vea usted por sus propios ojos. Voluntariamente no bajarán. Tendrá que ordenarlo.

-Acompáñeme al pozo B -resolvió Harring.

La invitación era sólo para Masón; aunque yo me adherí sin ceremonias. Marcia dudó y, al fin, echó a correr en mi seguimiento, entreteniéndose el tiempo imprescindible para recoger una de las valijas con medicación de urgencia. A través de un dédalo de galerías, fuimos descendiendo al nivel del sector residual.

A pesar de mi traje blanco -que nos obligaron a vestir nada más pisar el portal de la Planta -percibí las variaciones térmicas que recorrían el lugar. Atravesábamos un *campo* de radioisótopos casi en constante desprendimiento. Potentes lámparas de desradiación actuaban de *equilibradores* para dispersar la silenciosa lluvia de partículas radiactivas suspendidas en el aire. De todos nosotros, yo era el único que conservaba la calma y caminaba confiado.

No es que despreciase olímpicamente el peligro que representaba cruzar un *campo* de isótopos radiactivos con la única protección de un traje extrapolarizador. La verdad... es que *desconocía* la magnitud del riesgo.

Un centenar de trabajadores atómicos habían formado círculo en torno a la inmensa y negra boca del pozo residual B. Se encontraban allí en

actitud contemplativa, expectantes, pero sin decidir nada a favor del desgraciado que se lamentaba dentro. Su actitud pasiva me enardeció la sangre, porque creo que en momentos de grave apuro deben olvidarse toda clase de resentimientos.

Junto a nosotros se esparcían gruesas tuberías, calderas inmensas, pilas nucleares, hornos y multitud de aparatos retorcidos cuyos nombres técnicos y cometidos nunca me preocupé de averiguar. Sólo captaba lo que sucedía en derredor desde el punto de vista médico y ello me inducía a tildarlo de inhumano.

Cuando nosotros llegamos, las filas se abrieron respetuosamente, dando paso al profesor Harring. Murmullos agitados nacieron por doquier, pero luego se hizo el silencio.

-Hábleles -dijo a Mason.

-¡Necesitamos un voluntario para rescatar a Barttoli! ¿Quién de vosotros se ofrece?

El silencio se transformó en algo tan impenetrable que hasta pude escuchar los jadeos lastimeros del tal Barttoli, allá en su cárcel profunda. Sentí rabia. Una rabia estúpida, lo confieso. Las cabezas se inclinaron y nadie dio el paso al frente. Mason trató de animarlos con el señuelo de un premio; pero el efecto siguió siendo de total indiferencia.

-Elija uno cualquiera, Mason -ordenó Harring-. ¡Tendrá que bajar!

Los que ocupaban la primera fila retrocedieron espantados ante la sola idea y entonces fue cuando asimilé en toda su magnitud la terrible *psicosis atómica* que padecían. Acaso fuese cierto que Barttoli no gozaba de la simpatía colectiva; más no lo era menos el terror que les producía descender al pozo B... ¡donde se consumían residuos experimentales emanando intensas ondas de radiactividad! ¡Les horrorizaba la brutal *sentencia* suspendida sobre cuantos habitábamos Isótom 81!

-Pues... -Mason vaciló.

-¡Vamos! ¡O tendrá que obedecerme usted!

Harring volvía a comportarse como el hombre duro y autoritario que correspondía a su cargo. Estaba claro -¡clarísimo!- que nadie se arriesgaría a meterse en el pozo por su propia iniciativa.

El pensamiento de que allí dentro sufría intensos dolores un ser humano me impulsó a dar un salto y plantarme ante Harring. No lo pensé demasiado. En la vida hay actos que no deben pensarse... sino *hacerse*. Marcia alargó una mano, pero ya no alcanzó a retenerme.

-No discutan -intervine con voz ronca-. Lo que necesitan es un voluntario. ¡Aquí lo tienen!

-¡Usted!

-¿Le extraña, profesor Harring?

-¡Está loco! ¿Qué sucedería en el Centro-hospital si le ocurriese...?

-¡Bah! ¿Y por qué ha de ocurrirme?

Harring se mordió los labios. Vi a Marcia palidecer hasta el extremo de que sus ojos negros resaltaron en el bello rostro igual que abismos gemelos. Uno de los trabajadores avanzó hasta mí, tendiéndome un casco de material rojo.

-Póngaselo, doctor -ofreció-. Y déme el que usted lleva. Éste es especial para trabajos en el sector residual y soporta cualquier bombardeo molecular.

-Cójalo -asintió Harring-. No voy a impedírselo. Todavía espero que no se atreva... y renuncie a resolver asuntos que no son de su incumbencia.

Era un reto. No repliqué con palabras, pero me desprendí de mi casco en dos zarpazos y ajusté el de material escarlata, apretando los broches por debajo de la barbilla. Otro de los operarios se puso a horcajadas sobre el borde del pozo y alargó sus manos para ayudarme a subir.

-Descienda despacio y bien asido a los salientes -aconsejó-. No hay peligro si se mantiene pegado a la pared.

-Tome, doctor -amplió Mason entregándome una cuerda de aceronylón, provista de enganches en un extremo-. Pásela en torno a la cintura de Barttoli y nosotros tiraremos de él hacia arriba -me miró con reflejos de orgullo-. Gracias... y suerte.

No lo pensé más. ¿Para qué? Yo mismo elegí el destino. Bajo mis pies calzados con gruesas botas se abría el obscuro agujero sin fin. Era imposible distinguir el fondo. Cerré los dedos en torno al primer asidero y descendí un escalón, suspendido ya sobre el vacío.

El macizo brocal circular del pozo fue desapareciendo y me hundí paso a paso, sintiéndome solo y desamparado a medida que la luz se perdía en lo alto. Estaba a merced de mis propias y únicas fuerzas.

En aquella ocasión pasé por una serie de sensaciones desconocidas. Si alguien me hubiese pronosticado en la Tierra que acabaría sumergiéndome en uno de los pozos atómicos abiertos en Isótom 81, habría estallado en carcajadas de burla. Yo, un médico que odiaba las dolencias radiactivas... ¡provocando a la radiactividad misma!

Así era, en verdad. La obscuridad me rodeaba por completo y tuve que tantear con los pies antes de atreverme a descender cada nuevo tramo. Alguno de los que se hallaban arriba -o tal vez el profesor Harring- tuvo entonces una feliz idea y arrimó un proyector al borde. El haz de luz me iluminó los siguientes cinco metros, haciéndome compañía en aquel trance donde tan necesaria era para mí.

No soy un héroe. Ni entonces, ni más adelante, hice nada extraordinario y creo que obré lo mismo que cualquier otro médico en mi caso. Los habitantes de Isótom 81 tenían pánico a la radiactividad. A diario corrían un riesgo indudable, lo admito; pero para curarles de sus males físicos

alguien debía demostrarles que la moral también debe mantenerse sana. No sé si yo contribuí a ello. Afirmo, sin embargo, que mi rescate en el Pozo B sirvió para granjearme muchas simpatías.

En uno de mis tanteos ya no hallé escalón ninguno y comprendí que acababa de alcanzar la primera repisa. El aire estaba enrarecido y los purificadores de mi casco silbaban al respirar. La luz del proyector llegaba difusa. Palpando con las manos, recorrí unos pocos pasos pegado a la pared. Un bulto tronchado gemía junto a mí. ¡Barttoli!

Le rodeé el cuerpo con la cuerda de aceronylón y cerré los enganches. El sudor me recorría las mejillas y lo sentía resbalar a lo largo del cuello, hasta empaparme el pecho. Mi cerebro pensaba tonterías. Amenazas de contaminación y no sé cuántas bobadas más. Absurdo desde luego, porque la contaminación radiactiva -si existe agente vivo que la produzca- nunca puede ser tan fulminante.

Pensaba con adoración en mi apacible rincón de la *Institución O'Danley*, libre de sobresaltos. Luego, al dar la señal mediante tirones, me aparté de Barttoli y su cuerpo inerte, danzando en el vacío, subió hacia la sala apiñada de ansiosos trabajadores. Después, trepé fatigosamente, alejándome de la repisa.

Mucho antes de alcanzar la boca del pozo ya escuché los comentarios que dedicaban a mi proeza, aunque me esforcé en ignorarlos durante el resto del tiempo que permanecí en la Planta Atómica. Marcia acudió en seguida a mi lado y vi en sus ojos el brillo de unas lágrimas que me complacieron por su significado.

Barttoli había sido tendido encima de una plataforma y el profesor Harring lo examinaba con mirada crítica. Junto a él, se esparcían ocho o diez hombres; pero los demás, todavía influenciados por el terror a las ionizaciones, mantenían posiciones alejadas.

-Se ha portado usted maravillosamente -musitó Marcia en voz baja.

-Tengo que empezar a familiarizarme con los átomos liberados y sus consecuencias -repliqué-. Es necesario para adquirir soltura en los experimentos de "Antirrad 603". Ha sido muy fácil. Recordé lo que usted dijo: Carencia de nervios y serenidad. El resto lo hicieron los trabajadores al tirar de la cuerda.

-He traído una valija de urgencia -notificó ella risueña.

-Excelente. Vayamos a echarle una mirada a ese hombre.

Fuimos, y los mirones nos dejaron paso con una prontitud no exenta de admiración. Harring se volvió entonces hacia nosotros y floreció una sonrisa divertida en sus labios delgados.

-Nunca le hubiese creído capaz.

-Un error lo puede tener cualquiera, profesor. Hasta el jefe supremo de un planetoide atómico.

-Mason le conducirá a una cabina de desradiación, donde podrá purificarse y cambiar de equipo. ¿Se encuentra bien?

-Perfectamente. No experimento síntomas radiactivos, si es eso lo que trata de dar a entender.

-¡Mason! -llamó.

-Un momento -objeté-. Yo puedo esperar. Antes debo reconocer a Barttoli. Cuestión de segundos.

Barttoli estaba recobrando el conocimiento y su primera manifestación de vida consistió en proferir apagados quejidos. Efectivamente, había *asimilado* algunas radiaciones porque la espalda de su traje protector se hallaba desgarrada. Respecto a las contusiones físicas no parecían dignas de consideración, ya que su complexión orgánica era francamente envidiable. Para atajar el peligro de ulteriores complicaciones, decidí inyectarle una de las *drogas* conocidas como antídoto de cierta duración.

-Abra una ampolla de *Narcom* -dije a Marcia-y disponga lo preciso para una aplicación subcutánea. Dosis media.

-Sí, doctor.

Dejé que ella le clavase la doble punta hipodérmica y evitase la afloración sanguínea frotando con las sales sulfamidadas. Yo, al fin y al cabo, podía conservar residuos en las manos a pesar de haberlas llevado provistas de mis profesionales guantes apóricos de plastocaucho. La reacción fue casi inmediata y Barttoli respiró con normalidad, atenuadas sus quemaduras y dolores.

-Recojan el equipo y trasladen el paciente a la heliambulancia -dije a la joven-. Me reuniré con ustedes nada más someterme a una corta sesión desatomizadora.

Hay algo que recuerdo bien. Algo que todavía no he podido olvidar pese al tiempo transcurrido. Mason me acompañó hasta la cabina de desradiación y comentó alborozado que mi ejemplo había servido de lección a los trabajadores de la Planta, la mayor parte de los cuales se sentían ahora avergonzados.

Cuando salí del *purificador* -transcurridos unos quince minutos- el propio profesor Harring me aguardaba junto a la puerta. Me miró, trató de no perder la gélida prestancia y luego, de súbito, alargó su mano derecha.

-Le felicito -musitó-. He sido el primer sorprendido por su acto de salvamento. Quizá acabemos siendo buenos amigos.

CAPÍTULO VI
NO FUE UN METEORO

Casi me atrevería a afirmar que el suceso de la Planta Atómica sirvió para que Harring tuviese un concepto distinto de mí. Un concepto, además, halagador.

Sea como fuere, yo no traté de aprovechar esta circunstancia en beneficio propio y evité en lo sucesivo hacerle preguntas sobre el enigmático *Proyecto S.A.* El proceso de atraerlo hacia mí esperaba que se produjese por sí solo.

Los tres o cuatro días siguientes estuvimos bastante atareados en el Centro-hospital y, en unión de mis colaboradores, trabajé sin descanso. A veces, por la tarde especialmente, encontrábamos un huequecito de varias horas, y entonces Marcia y yo lo aprovechábamos para proseguir en el laboratorio los estudios del doctor Bullan. Todos los desperfectos originados por el encontronazo del meteorito gigante contra Isótom 81 fueron eficazmente subsanados y la vida continuó al ritmo normal que yo conocí a mi llegada al planetoide.

Por entonces, hicimos los primeros experimentos con conejillos marcianos e insectos. Las pruebas nos dieron idéntico resultado que al doctor Bullan, según comprobamos por sus apuntes. Me entusiasmó la idea de haber acertado en la interpretación de fórmulas, hasta tal punto que era Marcia quien debía recordarme la necesidad de alimentarme y dormir. De todo ello, sacamos una conclusión alentadora:]a droga “Antirrad 603” era verdaderamente eficaz *en teoría*.

Digo *en teoría* porque ni Bullan ni nosotros nos estrujábamos el cerebro en la consecución de un remedio *sólo* para especies minúsculas. En apariencia, resolver el fallo acaso parezca sencillo.

Si una dosis de pentabiótico resulta eficaz para un niño, lógicamente debe suponerse que el mismo remedio seguirá siéndolo para un adulto... con la simple precaución de aumentar la cantidad proporcionalmente.

En esto se estrelló Bullan y aquí, también, fracasábamos nosotros. La primera vez que probamos la droga con un felino, cuyas células orgánicas fueron enfermadas por radioisótopos, el pobre animalejo murió sin apenas experimentar mejoría. Naturalmente, *seguía* siendo ineficaz para los seres humanos.

El personal de laboratorio -y lo sé por experiencia- es el más tenaz que existe y casi inmune al desaliento. Los resultados adversos, las demoras y la desesperante impotencia que invade al *creador* cuando su obra parece imposible de concebir, sirven de continuo estímulo a su tarea y multiplican su encono por alcanzar el éxito. Marcia y yo nos emborrachamos con la “Antirrad 603” y creo que hasta en sueños manejábamos reactivos,

consultábamos escalas y repetíamos ensayo tras ensayo.

Esta especie de enajenación provocada por el anhelo nos transformó en obstinados ermitaños y durante algún tiempo ni ella ni yo salimos para nada del Centro-hospital. Acaso fue el motivo por el que nos enteramos *de aquello* después que pasó a ser comidilla entre la población de Isótom 81. La primera noticia que tuvimos al respecto llegó por boca de mi ayudante Wynne.

Yo me encontraba en el despacho, registrando con ayuda del fonograbador el parte clínico del día. Marcia examinaba por el electroscopio una serie de estereofonías correspondientes a los hospitalizados de la sala de accidentes. Wynne entró entonces y yo, a punto de terminar la grabación, le indiqué con un gesto que tomase asiento.

Obedeció. Acabé el *sonoinforme* y pulsé la clavija para su archivo automático. Al mirarle, advertí que llevaba en las manos dos transparentes fichas azules. Aquello significaba nuevos huéspedes para el *hotel* que yo dirigía.

-¿Los ha acoplado? -pregunté.

-Sí, doctor -contestó-. De momento, los tengo en *Observación*. ¿Quiere echar una ojeada a las fichas?

Lo hice. La práctica me acostumbró a leer, en primer lugar, el apartado donde se especificaba la procedencia y centro en que prestaban sus servicios. Al averiguarlo, nació mi interés.

-Vaya... -sonreí-. Éstos proceden de la ciudad. Personal empleado en los vertederos urbanos. Ambos padecen lo mismo, ¿eh?

-Sí. He puesto *catalepsia irregular*... por poner algo.

-¿Es que no le parece apropiado el diagnóstico, Wynne?

-Con franqueza, no -respondió-. Los síntomas son parecidos; pero no iguales. Se apartan de lo que podríamos llamar clasicismo médico. Sufren períodos de inmovilidad, seguidos por otros de sueño profundo... o arrebatos de furia homicida. Hay indicios de histeria y crispación nerviosa. Estímulos pasajeros. Uno de ellos, en particular, se excita cada dos horas y actúa violentamente. Después, sucede un período de postración, otro de sueño pesado... y vuelta a la violencia. Temo que nos hallamos ante un nuevo tipo de enfermedad.

-Inesperado -murmuré, jugueteando con las fichas.

No tenía razón para dudar de Wynne, porque lo conceptuaba meticuloso y competente. Marcia se olvidó del electroscopio y prestó atención a lo que hablábamos. En sus hermosos ojos negros fulguró una llamita de curiosidad.

-¿Qué le induce a suponerlo? -agregué.

-Más que una suposición es un presentimiento, doctor.

-Hecho bastante frecuente en Medicina. Pero prefiero que usted se base

en pruebas concretas.

-Están sucediendo muchas cosas raras desde que se descubrió lo del falso meteorito.

-¿Ha dicho *falso*? -repitió Marcia.

Yo debí poner cara de ignorancia y por ello Wynne nos contempló con extrañeza.

-¿Es que no se han enterado?

-Ahora esperamos saberlo. Díganoslo, Wynne. ¿Cuáles son esas cosas raras... y por qué el meteorito es *falso*? Si no recuerdo mal, el temblor fue una sensación indiscutiblemente auténtica. El laboratorio ha tenido que ser reequipado en un tercio del instrumental.

-¿Cómo es posible que no lo sepan? ¡Si apenas se habla de nada distinto en Isótom 81!

-El doctor y yo llevamos un siglo metidos en el Centro-hospital y otro en el laboratorio -sonrió Marcia-. Vivimos atrasadísimos en lo que respecta a novedades.

-Es del dominio público -insistió Wynne-. Los agentes de la Prefectura que se ocuparon de la primera investigación esparcieron los rumores y éstos no tardaron en confirmarse después de las infructuosas excavaciones en busca del cuerpo astral...

-Espere -rogué-. Así nos va a llenar la cabeza de ideas descabelladas. Cuéntelo desde el principio, por favor.

Wynne se resignó y pareció abandonar la prevención de que nos proponíamos embromarle.

-Se sustentaba la creencia de que un astro errante había entrado en contacto con Isótom 81, cerca del casquete polar -empezó-. Este fue el primer informe de la Prefectura de Seguridad y se dio por sentado que se trataba de un meteorito de gran volumen, escapado de su órbita y atraído por el planetoide.

-Sí -animé.

-La evidencia de que sólo habíase producido un *choque* breve y poderoso avalaba la teoría del encontronazo. Sin embargo, lo lógico en estos casos es hallar un inmenso cráter abierto en la tierra y restos fragmentarios del agente promotor de la colisión. Para salir de dudas y establecer cálculos astrofísicos, aunque fuesen relativos, sobre la procedencia espacial del meteorito el profesor Harring encabezó una comisión de estudios. Personados en el lugar del suceso, hallaron el cráter, ancho y profundo; pero en él no existían restos que sustentasen la posibilidad de tal meteorito.

Yo miré a Marcia y Marcia me miró a mí. Aquel veloz intercambio ocular nos dejó tan perplejos como antes y sólo sirvió para cimentar la unidad de criterios que ambos sustentábamos. Interiormente, siempre

tuvimos recelos respecto a lo ocurrido en Isótom 81, a pesar de que no sabíamos definirlos ni, mucho menos, explicarlos razonablemente.

-Lo peor es que allí no se veían restos de *nada* -siguió Wynne-. El cráter se extendía en unos seis kilómetros a la redonda, mas era imposible determinar qué causas lo abrieron en la tierra. Lo mismo podía haber sido originado por un proyectil que por una grieta misteriosamente surgida en el planetoide. La comisión, ayudada por instrumentos de gran sensibilidad, comenzó la inspección, sin obtener resultados. En vista de ello, se organizaron excavaciones para bucear en el fondo de la horrible sima. Los espeleólogos descendieron hasta casi doscientos metros de profundidad y a partir de allí tuvieron que renunciar a la búsqueda, porque los corrimientos del subsuelo borraban toda pista y amenazaban con sepultarles bajo toneladas de roca. Al regresar a Isótom 81 se esparció la voz y la ciudad entera se halla estremecida por este acontecimiento inexplicable. Puede que ustedes dos sean los únicos que todavía lo ignoraban.

-Así, pues -observé- no han conseguido descifrar a qué obedece el cráter del casquete.

-No, doctor. El ejército, la policía y el propio profesor Harring andan de coronilla tratando de descubrir la verdad. Por eso creo que están ocurriendo cosas raras desde que sufrimos el *escalofrío*.

-Veo que se ha encariñado con la palabra.

-¿De qué otro modo puedo designar algo que ni los especialistas catalogan? Es un misterio, doctor. Esos dos hombres que han ingresado hoy, por ejemplo, padecen una enfermedad de síntomas conocidos, pero con variantes inexistentes antes.

-¿Y usted se atreve a asociar su mal con el famoso *escalofrío*?

-¿Por qué no? Corren rumores de que el objeto causante del cráter ha debido filtrarse muy hondo en las entrañas del planetoide.

-No deja de ser un rumor.

-Sí -aceptó Wynne-. Nadie puede darlo como cierto... ni desmentirlo. Sin embargo, la ausencia de restos incita a las fantasías. En las fichas azules se consigna que los pacientes "prestaban servicios en los vertederos públicos". ¿Dónde están las cloacas, Marcia?

-En lo más profundo de Isótom 81 -replicó ella sin vacilar.

-Justo hasta donde no pudo llegar la comisión investigadora. Por sus cálculos, deducen que el fondo del cráter "se perdía hasta el mismo centro del planetoide". He aquí dos circunstancias que merecen encadenarse. Un agente que no deja residuos sacude el subsuelo y se introduce en él. También en el subsuelo, muy hondo, es el lugar donde trabajan los funcionarios de las cloacas..., dos de los cuales enferman de un mal parecido a la catalepsia. ¿Qué responde, doctor?

-Que nos ha resultado un teórico de mucha imaginación.

-Si cree que sólo es imaginación, debo renunciar a exponerle mis temores.

-Acepto la explicación en todo lo que vale -sonreí-. Pero no puedo concederle crédito a menos que consiga demostrarla con algo más concreto que presentimientos. Compréndame, Wynne. Desde un punto de vista quimérico la cuestión está bastante bien razonada... aunque se basa en excesivos *supuestos* -miré a Marcia, que nos escuchaba con gran atención. Luego, proseguí-: Supuesto de que un *objeto* indeterminado se ha filtrado en la corteza terrestre de Isótom 81, hasta alcanzar gran profundidad en el subsuelo. Supuesto de que ese mismo *objeto* ha producido el estremecimiento que convulsionó al planetoide. Por último, asociación de una enfermedad originada en trabajadores subterráneos teniendo como única razón la circunstancia del propio objeto filtrante en sí. ¿Se atreve a adivinar lo que respondería el profesor Harring ante semejantes hipótesis?

-No pretendo ponerlo en su conocimiento, doctor. De sobra conozco su concepto negativo. ,Usted me ha preguntado sobre las dudas que suscita la dolencia que yo diagnostiqué como *catalepsia irregular*, y por ello me he limitado a exponerle ciertas irregularidades que no desestimo como causantes de la perturbación psíquico-nerviosa de esos hombres.

-De acuerdo, Wynne -accedí-. Los mantendremos en la Sala de Observación y vigilando cada una de sus reacciones. Ha obrado usted perfectamente.

-Gracias -sonrió-. Celebraría estar equivocado. Ya es suficiente la amenaza radiactiva en Isótom 81, para que ahora vengan a sumarse misterios que en nada favorecerán la moral de los habitantes.

Wynne abandonó el despacho poco después -cuando yo autoricé y registré las nuevas fichas de entrada- dejándonos otra vez solos a Marcia y a mí. Confieso que las palabras de mi ayudante me obligaron a meditar. Entonces, todavía estaba muy lejos de colegir el estricto sentido profético de las mismas.

-¿Qué le parece? -pregunté a Marcia.

-Quizá se ha alarmado sin motivo -contestó.

-Quizá. Aunque no deja de tener su miga el hecho de que la teoría del meteorito se haya evaporado. Me gustaría conocer la opinión del profesor Harring.

-Volvería a repetirle que él *sólo* entiende de matemáticas.

Los dos reímos y, puesto que las labores diarias habían sido realizadas, nos trasladamos al laboratorio anexo para trabajar un rato en los experimentos relativos a “Antirrad 603”. Nos pusimos en seguida manos a la obra, repitiendo el último ensayo bioquímico de la jornada anterior. No obstante, las ideas de Wynne costaban enormemente de desterrar de nuestro cerebro.

Aunque Marcia no decía nada, y hasta se esforzaba en dar la impresión de absoluto escepticismo, yo la veía preocupada. Al fin, después de anotar unos reactivos orgánicos inyectados en el cobayo que nos servía de vehículo para la aplicación de la droga, ya no pude resistir más y murmuré:

-Ha sido una sorpresa, ¿eh?

Ella posó los grandes ojos en los míos y captó al instante el espíritu del comentario. Su contestación demostró que se hallaba más pendiente de lo relatado por Wynne que del proceso analizador llevado a cabo en el laboratorio.

-Sí, doctor. Especialmente para nosotros.

-Harring debió habernos advertido.

-No nos incumbe -negó-. Déjele que actúe por cuenta propia, ya que éste ha sido siempre su sistema. Si necesita confesar sus penas a alguien, no dudará en recurrir a usted. El rescate en el Pozo B habrá influido decisivamente.

-No sé. Parece poco inclinado a confiar en el prójimo. ¿Era lo mismo con Bullan?

-También. Pero usted posee una notable ventaja sobre el doctor.

-¿Cuál?

-Sabe esperar. Ya verá como el profesor Harring acaba por llamarle. No es que me hayan influenciado las palabras de Wynne; pero si existe algo de cierto en sus premoniciones, los resultados llegarán bien pronto.

-¿Qué quiere decir, Marcia?

-Volvamos al cráter y al *objeto* introducido en él -repuso con fría lógica-. Si verdaderamente *ello* es lo que ha producido la *catalepsia irregular* en los operarios de las cloacas, ha de obedecer a un plan preconcebido de antemano. Lo más importante de Isótom 81 es la Planta Atómica y los procesos nucleares que en ella se incuban con vistas a un futuro borrosamente designado por *Proyecto S.A.* Bien. Admitamos que la *catalepsia* tiene por objeto eliminar progresivamente a los habitantes del planetoide. En tal caso, la eliminación sería imprescindible entre el personal de la Planta, ya que entonces el trabajo debería ser forzosamente interrumpido. No sé si me explico bien.

-Del todo. Y es interesante su visión del asunto.

-Es una visión personal... e inexacta, claro. Estamos comentando la teoría de Wynne y nos conduce a conclusiones inconexas. Pero, repito, si el logro es acabar con Isótom 81, la Planta Atómica representa el bocado más apetecible. Cuando surjan *casos* entre las brigadas de obreros, Harring precisará de los servicios del Centro-hospital, y nosotros seremos llamados los primeros.

-Harring es demasiado inflexible. Puede que la causa de todo radique en el dichoso plan de *Separación Asteroidal*. ¿Por qué lo censuran en la

Tierra? ¿Por qué Albert Yost se negó a darme una explicación satisfactoria? ¿Con qué fin ha sido montada una instalación atómica en este planetoide que supera incluso a las de nuestro Mundo? Son muchas preguntas sin respuesta, Marcia. No quisiera dejarme llevar de los impulsos..., aunque lo ciento es que ya empiezo a ver cosas sobrenaturales a mi alrededor.

Lo dije sin énfasis; mas creo que era innecesario hacer hincapié en mi absoluta convicción. Aquella noche, después de dar por terminada la tarea en el laboratorio, me despedí de Marcia y le di las instrucciones pertinentes para actuar durante las primeras horas del día siguiente.

Todavía permanecí un rato más en el despacho, dando forma a una obligación que yo mismo me impuse al poco de desembarcar en Isótom 81. Me refiero, naturalmente, al *Diario* del cual extraigo ahora los principales pasajes de la aventura que tanto intriga a los terráqueos.

Trasladé al cuaderno los últimos acontecimientos y luego, al releerlos, advertí que carecían de lógica ilación. Ciertamente... ¡resultaba todo tan fantástico! ¿Cómo podía haberse producido un movimiento sísmico si los aparatos de sismografía se negaban a admitir que hubiese ocurrido tal en Isótom 81? Por otra parte... ¿era razonable creer en el choque de un meteorito cuando no quedaba el menor rastro que lo afirmase?

De haber sido un proyectil teledirigido, la explosión no habría ofrecido lugar a dudas, así como los residuos fragmentarios de sus ingredientes. Tampoco cabía, pues, la sospecha de una agresión lejana. Estaban descartados los tres factores circunstanciales que podrían coadyuvar a proporcionarnos una pista asimilable. Ni seísmo, ni colisión astral, ni bombardeo con telecohetes. En tal caso... ¿qué diablos abrió el cráter en las proximidades del casquete polar?

Confieso que terminé embotado y con enormes deseos de retirarme a mi aposento para descansar. Esta era otra cuestión, puesto que sin duda tardaría bastante en conciliar el sueño. El temblor, los enfermos señalados por Wynne y mi ansioso anhelo ante los experimentos en torno al “Antirrad 603”, representaban materia abundante para sumirme en reflexiones. Mi cargo y la abrumadora responsabilidad que encerraba la dirección del Centro-hospital no me permitían extralimitarme en estos lujos. Así que opté por buscar un remedio cien por cien eficaz.

Volví a entrar en el laboratorio y busqué un somnífero. Había visto plomofrascos rotulados por allí. Fue entonces cuando la puerta de mi despacho se cerró, sin que nadie hubiese llamado antes ni esperase visita alguna a tales horas. El Destino me reservaba una ruda experiencia... por la que debía pasar en breve.

CAPÍTULO VII
Catalepsia irregular

Alargué la mano y tomé el plomofrasco. La etiqueta negra, escrita con caracteres tornasolados, decía: *Brital-13*. Era justo lo que necesitaba. Aflojé la tapa, vertí en mi mano varios de los comprimidos en forma de cristales incoloros, prácticamente insípidos, y sonreí.

Una dosis facultativa prescribe dos comprimidos para casos de insomnio ligero, tres en los más pronunciados y cuatro en aquellos que se complican con alteraciones nerviosas. Pese a ser inofensivo para el organismo, el *Brital* concentrado a la solución decimotercera hace dormir al más recalcitrante aunque permanezca debajo de una ducha fría.

Yo lo sabía, porque extendí multitud de recetas en la *Institución O'Danley* y lo administré a los ulcerados de la *Central Fisionuclear Americana*, ya que con el sueño hallaban alivio para sus dolores radiactivos. El efecto adormecedor viene a producirse, generalmente, transcurridos unos diez minutos de la toma.

Ingerí tres comprimidos, rosqué la tapa y devolví el plomofrasco al lugar que ocupaba en el anaquel. En tan preciso instante, apenas retirar la mano, sonó un golpetazo rápido a mi espalda v el suave retumbar de pasos causados por pies desnudos. No sé porqué -carecía de fundamento para sospechar intrigas- el ruido me estremeció. Giré en redondo sobre los talones y abandoné el laboratorio con una idea fija impresa en la mente: ¡Alguien había penetrado en el despacho sin anunciarse previamente!

La pieza estaba iluminada por la lámpara colocada sobre la mesa. Aquello dejaba la habitación medio en penumbras, puesto que el cono luminoso no alcanzaba a cubrir toda la extensión. Como yo no necesitaba más para escribir mi *Diario*, había prescindido de los focos generales y al irrumpir allí, casi colérico, por la libertina intrusión, me encontré rodeado de sombras y sin un punto determinado al que dirigir la atención.

Aparentemente, no existía otra persona. Recorrí con la vista el despacho en todas direcciones, sin alejarme de la entrada del laboratorio, en actitud tensa. El silencio poseía algo indefinible y amenazador. No sé si esto lo sentí entonces o fue una sensación posterior.

Lo que recuerdo bien -¡excitantemente bien!- es el suspiro. Presté atención, mientras mi corazón aceleraba los latidos y una sequedad extraña me acartonaba la garganta. ¡Alguien respiraba a golpes cerca del voluminoso electroscopio!

-¡Salga de ahí! -grité-. ¡Le prometo que va a acordarse de esta broma!

Nadie contestó. Si acaso, un gruñido hosco. Di dos pasos en aquella dirección y un bulto agazapado corrió hasta las proximidades de la pared, pegándose a ella. ¡Avanzaba hacia mí!

Sea lo que fuere, yo me puse nervioso y deseé acabar cuanto antes con las incertidumbres. El bulto, paso a paso, se acercaba. Por sus movimientos, comprendí enseguida que era un hombre. ¡Un hombre desnudo de cintura para arriba y cuyos ojos brillaban febriles!

Al tiempo que gritaba algo conminatorio, le volví la espalda y traté de alcanzar el electrorregulador para encender a una todos los focos. No podía esperar un ataque, desde luego, y mi error consistió, precisamente, en despreciar tal posibilidad.

Antes de que llegase a girar la clavija un rugido sordo se extendió detrás de mí y los pies palmotearon el suelo, tomando impulso mediante una carrera rápida. Ladeé el cuerpo, ya francamente intranquilo... ¡y el empuje de mi atacante me proyectó contra la mesa antes de que pudiese esquivar la acometida! ¡Aquel hombre a quien desconocía, introducido subrepticiamente en el cuarto, me agredía igual que una fiera hidrófoba!

No me considero un luchador de excepción, aunque creo que tampoco soy lo que se dice manco. Caí medio derribado encima de la mesa y unas manos frías, de dedos pegajosos, se afanaron en llegar hasta mi garganta, para aprisionarla con intenciones criminales. Cerré el puño derecho y lo descargué con fuerza a media altura, buscando la sensibilidad de su estómago. El impacto produjo un sonido chasqueante al golpear la carne desnuda y el hombre se contrajo, expulsando una exhalación incontenible.

Necesitaba un poco de tiempo para pensar. Todo sucedió demasiado rápidamente y me encontraba aturdido, desorientado, sin saber a ciencia cierta cómo acabaría aquella feroz pelea en la penumbra. Aproveché la coyuntura y traté de retroceder, intentando siempre inundar de luz el despacho y desenmascarar al violento individuo.

Una zarpa de dedos húmedos me atrapó por detrás y comenzó a apretar iniciando una llave en torno a la nuca. El impulso que hice para desasirme me obligó a resbalar y el hombre vaciló encima de mi espalda.

Dirigí un codazo rápido, desesperado, y el quejido que escapó de mi atacante sirvió para demostrarme que la invulnerabilidad no formaba parte de sus cualidades. Pero se trataba de un individuo fuerte, más corpulento que yo y, desde luego, habituado a una clase de trabajos físicos que habían desarrollado sus músculos. Rehaciéndose en seguida, aplicó un papirotazo a mi cabeza, enviándome hacia atrás.

Volqué la lámpara y quedé sentado en el sillón del escritorio. Vi entonces su torso desnudo, de hombros anchos y abrillantados por el sudor. Se abatió sobre mí igual que un oso y me rodeó en un abrazo asfixiante. La silla, él y yo nos desplomamos al tiempo, quedando en pésima colocación para defenderme. Sólo tuve la fugaz oportunidad de elevar una rodilla y doblarla hasta conseguir un punto macizo y contundente.

El rodillazo se hundió en el plexo solar, transformando su arrolladora

vitalidad en blanda torpeza. Creí llegada mi ocasión. Empujándole, me agarré al borde de la mesa y comencé a incorporarme. Abrí la boca para gritar en demanda de auxilio. Su manaza se aplastó sobre mi cara, cubriéndome inexorablemente la nariz y la boca. ¡Pretendía ahogarme!

Volví a resbalar, esta vez fatalmente. Resultaba de todo punto imposible emitir algo distinto a gruñidos. Escuché el jadeo angustiado de su respiración, los tirantes haces de músculos de sus brazos y el sudor frío que le recorría el pecho, costillas y axilas. Tres apreciaciones imborrables en mis recuerdos.

Clavé mis uñas en aquella carne palpitante, produciéndole arañazos profundos. Los párpados me pesaban como el plomo y empezó a invadirme una sensación invencible de sueño. ¡Horror! ¡Los comprimidos de *Brital-13* manifestaban sus efectos!

Agité la cabeza y eché las manos atrás, agarrándole por los cabellos. La asesina mordaza no disminuía, y yo, falto de aire y semidormido, comprendí que flaqueaba mi resistencia. ¡Dios mío! ¿Era posible que nadie en el Centro-hospital hubiese escuchado el escándalo que producíamos? ¿Qué sería de mí si me ganaba la inconsciencia y quedaba indefenso a merced de aquel loco furibundo?

Un puñetazo al costado, aplicado con su puño izquierdo, me obligó a abrir los brazos. Tenía las manos llenas de cabellos grasientos. Palpando frenéticamente, tanteando igual que un ciego, las pasé sobre la mesa del despacho mientras la cabeza me daba vueltas, los pensamientos se paralizaban en el cerebro y mis pulmones amenazaban con estallar por falta de oxígeno.

El contorno rugoso y frío de un objeto familiar me hizo cerrar los dedos en torno. ¡Algo contundente! Era una estatuilla de tungsteno lunar, ricamente labrado, y que Marcia dejó allí como figura ornamental. ¡El sueño me hacía sufrir! ¡Con qué inmenso placer habría cerrado los ojos y sumido para siempre en el anhelado descanso!

Pero no podía. ¡Eso nunca! Un adarme de inteligencia refugiada en mi subconsciente me recordaba la imperante necesidad de acabar con el enemigo homicida. Volteé la estatuilla en el vacío, danzando inciertamente, y luego, con aplomo, descargué un golpe al azar. El mazazo debió acertarle en plena frente. Gritó. ¡Por primera vez un grito humano, claro y agudizado por el dolor I

La mano que impedía mi respiración abandonó la pegajosa presa. Yo aspiré una bocanada glotona, insaciable, con avaricia infrahumana. La frescura del compuesto oxigenado que enviaban sin interrupción los *oxitransformadores*, sirvió para despejar el embotamiento atroz y hasta creo que evitó el efecto triunfante del *Brital-13* cuando apenas restaban pocos segundos para que me desplomase dormido.

El bulto se movía junto a mí, aullante, sin conseguir atraparme. De nuevo esgrimí la figurilla y la levanté animado por la intención de estrellarla contra su cráneo, premeditada y matemáticamente.

¡Zap! Un chasquido rápido precedió a la iluminación total, que llenó de claridad casi hiriente el revuelto despacho. El vivido destello múltiple me enceguecíó y detuvo el movimiento encaminado a asestarle el definitivo estacazo.

-¡Espere, doctor! -chilló la voz alarmada de Wynne-. ¡Sujetadlo, muchachos!

La última orden no iba dirigida a mí, sino al par de forzudos internos que en aquellos momentos se abalanzaban sobre la fiera humana rugiente y violenta. Dejé caer el brazo y mantuve la estatuilla colgando, sin energía. Pareció como si, de pronto, todo mi ímpetu belicista se transformase en embriagadora laxitud. Los dos internos dominaron al sujeto con esa destreza que impone la práctica, inmovilizándole mediante torsiones dignas de expertos loqueros.

-¿Cómo está, doctor?

-Bas... bastante bien -jadeé-. Gracias, Wynne.

-Siento haber llegado tarde. Lo estuvimos buscando por otros lugares, porque no esperaba se atreviese a venir hasta aquí.

-¿Se refiere a...?

-Es Otam Kragger, uno de los funcionarios de los vertederos públicos ingresados hoy. Le hablé de su enfermedad, ¿recuerda?

Yo recordaba algo. De forma vacua, naturalmente, porque el sopor originado por los comprimidos estaba convirtiéndome en una especie de sonámbulo estúpido. Asentí. Me atraía la perspectiva de tumbarme en el suelo, olvidarme de todos... ¡y dormir!

-Cata... catalepsia irregular, ¿eh? -dije-. Comprendo. Este es el período de excitación.

-¿No se encuentra bien, doctor? Parece como si...

-Acababa de ingerir un somnífero cuando me atacó. Me caigo de sueño. Es... es mejor que se ocupe usted de todo y mañana ya... -ahogué un bostezo-...ya estudiaremos el caso con detenimiento -concluí.

-Sí, señor. Le acompañaré a su aposento.

Me dejé conducir por Wynne sin objetar nada en contra, porque el simple hecho de mover los pies representaba un esfuerzo notable. Los internos habían dominado totalmente al llamado Otam Kragger, quien respiraba como un fuelle. Todavía pude apreciar, a través de mis ojos entornados, el sinuoso corte que cruzaba su sien izquierda producido por el choque de la estatuilla, y del que manaba abundante sangre.

El último recuerdo material que conservo de mi aventura con el cataléptico fue la visión de Marcia preocupándose por mi estado y a Wynne

explicándole parcamente lo sucedido. Después, debió dominarme la inmensa pesadez del sueño artificial.

Sin duda, entre los dos se encargaron de acondicionarme, porque cuando desperté al día siguiente me hallé en la cama, enfundado en el pijama y exactamente igual que siempre.

CAPÍTULO VIII
Obediencia psíquica

La enfermedad que padecían Otam Kragger y su compañero de profesión Marcelo Forbes me interesó en seguida. Wynne dejó un interno de vigilancia durante la noche y así pudimos comprobar que los síntomas observados por mi ayudante se repetían periódicamente en ambos.

Postración, sueño y explosividad. De los dos, Kragger era quien más violentamente acusaba la tercera fase sintomatística. Apenas hablaban. Gruñidos y amenazas ahogadas escapaban de tarde en tarde por sus labios comprimidos. Sufrían frecuentes trastornos nerviosos, acentuados por temblores y sacudidas espasmódicas. Durante los lapsos de sueño, musitaban frases inexplicables, de forma inconsciente sin duda, que el interno registró valiéndose de estereofonías.

Aquella mañana, después de la visita general a los pacientes, Wynne me trajo al despacho las mencionadas estereofonías. Rogué a Marcia que las conectase al electroscopio para así reproducir su contenido. Los tres, en torno al aparato, escuchamos los murmullos sintiendo que el asombro nos ganaba por instantes.

No voy a reseñarlas una por una, ya que ello resultaría fatigoso; pero sí deseo hacer constar la media docena de frases principales repetidas hasta la saciedad por Kragger y Forbes. Decían:

-Isótom 81 está maldito... Seremos los culpables de un asesinato colectivo... La Planta Atómica sólo puede acarrearnos desgracias... El profesor Harring es un maníaco y sus experimentos aumentarán la radiactividad... La única salvación reside en volver a la Tierra... Isótom 81 está maldito... Seremos los culpables de...

Aunque la incoherente charla giraba siempre en torno al mismo tema, cabía destacar estas expresiones por ser las que con mayor nitidez quedaron registradas en las estereofonías. Wynne, Marcia y yo nos consultamos con la mirada tratando de sacar algo en claro de aquel galimatías. Me vino a la memoria la conversación mantenida la tarde anterior.

-No es catalepsia -dije al fin-. Se le *parece*; pero no es catalepsia pura.

-Celebro que estemos de acuerdo, doctor. Nos hallamos ante una nueva enfermedad psicopática.

-Yo me atrevería a afirmar que esos hombres no están enfermos, Wynne -contesté-. Los síntomas nos han engañado. Realizaremos algunas pruebas y creo que ellas me darán la razón. Especialmente, ahora que conocemos la *huella* de sus pensamientos gracias a las estereofonías. Una gran idea adoptar esa medida.

-¿No están enfermos? -repitió Marcia-. ¿Por qué?

-Por su forma de hablar -señalé-. Es perfectamente cuerda... y

substanciosa. Encierra un *mensaje*. Por eso me referí a la *huella* de sus pensamientos.

-¡Oh, doctor! Su forma de hablar es la corriente en los habitantes de Isótom 81. Son muy pocas las personas que viven a gusto en el planetoide. Observe usted que se lamentan de la radiactividad y designan al profesor Harring como un maníaco.

-En efecto -sonreí-. Es un pensamiento casi común. Pero recuerde que acusan de *asesinato colectivo*. ¿A quién se refieren? ¿A la Planta Atómica... o a los trabajos que en ella se realizan? Si es a la Planta, parece absurdo censurar algo tan impersonal como un conjunto de edificios atómicos. Pero todavía resulta más absurdo que califiquen así unos trabajos cuya finalidad *ignoramos todos*.

Wynne frunció las cejas. Marcia entreabrió la boca. Yo me acaricié una mejilla y proseguí:

-Nadie sabe en qué consiste el *Proyecto S.A.* Recuerdo bien esta frase: "Seremos los culpables de un asesinato colectivo." Fíjense que no hablan en presente, sino en futuro. ¿Cómo pueden saber ellos lo que ocurrirá mañana? La reticencia de sus monólogos suena a *lección aprendida*. No sé si lo explico bien, aunque, de todas formas, intenten razonar el alcance de mis palabras.

-Es una obsesión. Una idea fija que nació en su cerebro y...

-Aguarde, Wynne -atajé-. Temo que no nació la idea en su cerebro, sino que la *metieron*.

Es extraño lo que digo, ¿verdad? Les hablaré con franqueza. Estoy asustado ante la sospecha de que lo que suponemos *catalepsia irregular* sea una fuerte impresión mental. Una psicosis aguda.

-Su afirmación no conduce a ningún sitio.

-Se equivoca. Conduce a una teoría que usted apuntó ayer, y que Marcia y yo rechazamos por fantástica..., pero que ahora casi estoy dispuesto a creer. Volvamos al temblor, al cráter y a la comisión investigadora...

-¡No me diga que el objeto misterioso tiene la culpa de esto! -exclamó Marcia impulsiva.

-Es, justamente, lo que iba a decirles. Apuesto algo a que el caso de Kragger y Forbes se repite en otras personas. El tiempo me dará la razón.

¡Y no serán empleados de los vertederos!

-Me aterra, doctor.

Wynne me miraba con penetración, tratando de asimilar cuanto decía. Él, a diferencia de Marcia, no negó ni afirmó nada. Yo le veía meditar, partida la frente por una honda raya de preocupación.

-¿Usted supone *también* que ese producto innominado capaz de agrietar la tierra y producir un agujero hondísimo ha llegado al corazón de Isótom

81?

-Me reservo la contestación definitiva -dije-. Déme un plazo de dos o tres días, y ésta llegará por sí sola.

-Veamos -intervino Marcia con retintín-, Que yo lo entienda del todo. Según usted, doctor, la mente de esos pacientes conserva el mensaje dictado por una *influencia* extraña.

-Casi ha acertado por completo.

-Pero eso es... ¡inverosímil!

-Quizá no lo sería tanto si conociésemos la médula del asunto que obligó a la Tierra a pensar en Isótom 81 como base atómica. La verdad es que nada sabemos de los propósitos del profesor Harring. Ni siquiera hasta qué punto es *legal* su tarea en el espacio.

-¿Se atreve a imaginar que la Tierra trama algo censurable?

-Creo que la única persona con autoridad suficiente para calmar su curiosidad... yace enterrada en la Luna.

-¿El doctor Bullan?

Afirmé de un cabezazo. La expresión de Marcia se suavizó, mientras la de Wynne, que seguía preocupado, adquirió rigidez.

-Le remito al día que sobrevolamos la Planta a bordo de la heliambulancia -insistí, dirigiéndome a ambos por igual, pese a que mis ojos mantenían la perpleja mirada de los de Marcia-. Entonces descubrí los *lanzas* interplanetarios y el cinturón de defensas radiodirigidas. Yo mismo me extrañé de unas medidas que consideraba inútiles y usted me explicó que Isótom 81 podría ser víctima de un ataque. No hay enemigos en el espacio, creía yo. A raíz de tal creencia, me repitió unas palabras del doctor Bullan sobre la potencia ofensiva de un bloque unido formado por asteroides habitados.

-Sí -musitó.

-Entre Marte y Júpiter gravitan miles de pequeños mundos. Nosotros representamos una avanzada que la Tierra ha enviado a este planetoide con fines ignorados. ¿No se han detenido a pensar que la Planta Atómica, o lo que en ella se trama, puede constituir grave peligro para los minúsculos astros poblados que componen el *reino de los guijarros celestes*?

-¡Doctor! -suspiró Marcia-. ¡Sería horrible!

-Acaso exagero un poco los hechos. Nada podemos afirmar en concreto. Dejemos a un lado las consideraciones espaciales y técnicas, y volvamos a nuestro elemento, circunscribiéndonos a la Medicina. Kragger y Forbes presentan síntomas de catalepsia. Sería un mérito grande demostrar que no padecen tal enfermedad y presentar pruebas al profesor Harring de ello. Quizá es la llave que necesitamos para abrir la puerta de su hermetismo. En todo fenómeno anormal se conocen los efectos, pero no las causas que los motivan. He aquí el caso aplicado al problema. Tenemos

que averiguar las causas y entonces, explicados los efectos, el fenómeno dejará de ser anormal. Sabremos entonces por qué me atacó Kragger y su insistencia en amenazar con grandes males al planetoide.

-He seguido su razonamiento... y encaja con mis ideas -terció Wynne-. Ya le advertí que mi diagnóstico no era acertado, señor. ¿Cuál le parecería más justo?

-No lo sé... todavía. Si las causas obedecen a los palpables efectos que se ofrecen, tal vez iría mejor el calificativo de *obediencia psíquica*. Tal es el estado de esos hombres. Alguien o algo les ha imbuido órdenes en su mente. La impresión ha debido ser demasiado fuerte, resistiendo su sistema nervioso y desquiciándoles momentáneamente. Por ello surgen períodos engañosos y afines a la catalepsia. Sin embargo, al atravesar la fase del sueño, que para ellos viene a ser como un regreso a la normalidad orgánica, transmiten de viva voz, en forma subconsciente, los mandatos encerrados en su cerebro.

-Siento parecer tan torpe... pero sólo entiendo una mínima parte de lo que dicen.

-No crea que yo lo entiendo todo -sonreí a Marcia-. En realidad, muchas ideas espesas bullen dentro de mi cabeza. Dejaremos las cosas como están, porque vagando por el campo de las hipótesis no adelantaremos nada en el terreno de la verdad. Ante todo, hay que ocuparse de esos pacientes. Existen varias pruebas infalibles para determinar su grado cataléptico... y voy a ponerlas en práctica. Leo en sus ojos que desean acompañarme. Andando. En el depósito general tomaremos la medicación necesaria.

Guardé las estereofonías en uno de los cajones de la mesa... y di vuelta al cierre mecanoelectrónico. ¡Basta de sorpresas!, pensé para mis adentros. En lo sucesivo -y si mis temores poseían fundamento cierto- todos los habitantes de Isótom 81 deberíamos vivir prevenidos. Más aún, en constante estado de alarma.

Mientras caminábamos por los pasillos, atravesando dependencias rumbo a la *Sala de Observación*, no cesé de repetirme preguntas mentales cuya respuesta, aun desde el concepto hipotético, bastaban para escalofriarme. No podía afirmar nada substancial, lo admito. Pero de todas formas, sentía erizarse mis cabellos cada vez que acudía a mi cerebro esta fatídica interrogante: ¿Qué género de influencias nefastas se cernían sobre nosotros desde que se produjo el temblor?

En el depósito general firmé un vale y retiré varios compuestos médicos que pensaba utilizar con Kragger y Forbes, así como un pulvísculo térmico. Ello bastaría para revelarme si la raíz de su mal tenía alguna relación con la catalepsia. Íntimamente, me bailaba persuadido del resultado adverso. Echaría por los suelos la urdimbre de mis deducciones. El hombre con

quien peleé más que un cataléptico parecía un psicópata dominado por impulsos de violencia. Un atacado de pasajero influjo demencial.

Su organismo, incluso, no perdió la sensibilidad en ningún momento, así como la consciencia del dolor. Mis puñetazos, el rodillazo al plexo y, finalmente, el golpe propinado con la figurilla de tungsteno daban fe de ello. Había visto antes enfermos de catalepsia. Apuesto algo a que un puñetazo en pleno rostro, mientras atravesaban por el período de excitación, les hubiese aturdido, pero no encorajinado.

Llegamos a la *Sala de Observación* y Wynne me condujo hacia el lugar que ocupaban los empleados de los vertederos. El interno de guardia acudió presurosamente a nuestro encuentro. Cinco minutos más tarde, tras una breve inspección, decidí probar suerte con Kragger, cuya complexión robusta permitía esbozar mayores esperanzas.

En su frente herida destacaba el vendaje de plástico esterilizado. Le contemplé unos segundos en silencio y luego, trasladé la mirada a Forbes. Ambos dormían pesadamente, tan apartados del mundo que más que sueño parecía hipnosis.

-No se fíe de su aspecto tranquilo -indicó el interno-. Hace un par de horas me vi obligado a pedir ayuda para mantenerlos inmovilizados. Son dos energúmenos.

-Lo sé por experiencia -repliqué-. ¿Dispuesta, Marcia?

-Sí, doctor.

Wynne guardaba silencio. Con un ademán, lo invité a que se aproximase, ya que mi experimento podía servirle de lección en futuras misiones clínicas. Marcia se colocó junto a la cabecera de Kragger y conectó a la red eléctrica el termopulvísculo de preparación friccional, mientras yo subía la manga de la camisa. El brazo potente y musculoso quedó al descubierto, enrojeciéndose la piel a medida que el termopulvísculo activaba la labor friccional.

-Basta -ordené pasados unos segundos.

Cesó el zumbido, y Marcia desconectó. Me di cuenta de que todos los presentes se hallaban subyugados por mi actuación. Acaso esperaban de mí algún milagro portentoso. Lo rocié desde el hombro a la muñeca con alcohol metílico y las rojeces adquirieron coloración violácea.

Al poco, abrí una cápsula de *Dracomita* y llené la jeringa de aplicación superficial, ya que no deseaba usar agujas hipodérmicas por temor a que Kragger brincase de improviso y se causase cortes arteriales.

-Bien -murmuré-. Observe sus pulsaciones cardíacas, Wynne. La reacción lo enloquecerá, porque la *Dracomita* oficiará de activo pseudo-cataléptico. Si realmente padece la enfermedad, seré el único culpable del mal rato que aguarda a este pobre hombre. Voy a provocar la sintomatología.

Wynne aplicó el hiperfonendoscopio casi debajo de la tetilla izquierda. Capté el brillo excitado de su mirada. Luego, manteniendo tersa la epidermis con los dedos de la mano izquierda, bajé la jeringa y la apreté bruscamente por el saliente inyector. Esperamos. El burbujeo de la *Dracomita* indicó que se mezclaba con el oxígeno linfático. Kragger contrajo los párpados y suspiró profundamente. Miré a Wynne, instándole a informarme de su estado.

-Normal -declaró.

-Avíseme al primer síntoma

El retículo que marcaba la capacidad cúbica de la jeringa señaló la mitad de su contenido. Al parecer, Kragger asimilaba sin esfuerzo la *Dracomita*. Marcia, situada a mi espalda, posó una mano tibia en mi hombro, acaso sin advertir la familiaridad. Creo que en las situaciones de tenso silencio como la que atravesábamos, es cuando mayor preponderancia adquieren los detalles insignificantes.

-Normal -repitió Wynne ante otra mirada mía.

-Es suficiente -decidí, torciendo la muñeca y dejando de administrarle la droga para provocar un ataque de catalepsia artificial-. Déle *Mercoplan* cada media hora para facilitar la eliminación -aconsejé al interno-. Y cuando termine su turno no olvide hacerle esta recomendación a quien le sustituya.

-Sí, doctor -asintió.

-Inaudito -dijo Wynne, rollando el flexible cordón del hiperfonendoscopio-. No ha reaccionado en absoluto.

-Porque no tiene catalepsia. Varíe el diagnóstico en la ficha y consigne *obediencia psíquica*. Es la denominación más acertada que se me ocurre por el momento.

-¿No es cataléptico? -se admiró el interno-. Pero si todo hacía suponer que...

-Olvídelo -atajé-. Se lo ordeno. Ha sido usted testigo obligado de un ensayo para comprobar lo equivocado de unos síntomas aparentemente claros. Pero le prohíbo terminantemente que divulgue cuanto acaba de presenciar. ¿Entendido?

-Sí, doctor.

-¿Alguna prueba más? -sugirió Marcia.

-Ninguna. Con la primera ha sido suficiente. Guarde la medicación y devuelva el termopulvísculo al depósito general. La espero en mi despacho.

-Quisiera hablarle -pidió Wynne.

-No hay inconveniente -autoricé-. Salgamos.

Dejamos al interno con la boca abierta y a Marcia recogiendo cuanto habíamos traído. Wynne y yo emprendimos el regreso hacia mi despacho. No fuimos allá directamente, sino que realicé un pequeño rodeo pasando

por la sala de hospitalizados radioisotópicos. Por el camino, mi ayudante dio evidentes muestras de desasosiego.

-Bien -recordé-. ¿Qué se proponía decirme?

-Es terrible, ¿verdad?

-En parte, no me ha sorprendido. Ya le expliqué lo que pensaba de la enfermedad de Kragger y Forbes. Tampoco a usted debía sorprenderle.

-Creo que tenemos la obligación de informar al profesor Harring.

-Se burlaría de nuestros temores. Ya sabe usted que él encuentra ridícula cualquier insinuación peligrosa.

-Esto ya no es una insinuación, sino una amenaza en potencia. Nos sobraban las inquietudes con la radiactividad, pero ahora...

Yo iba mirando los gráficos clínicos correspondientes a cada internado. En realidad, no prestaba demasiada atención a la lectura, porque en la *ronda* diaria ya Marcia registró las anotaciones y variantes. Sólo pretendía fingir, para no dar pie a cuantos nos saludaban de que entrasen en sospechas. En el fondo, me sentía tan preocupado como Wynne.

-Esperaré a que se produzcan otros casos.

-¿Cuál debe ser el tratamiento para los que padecen *obediencia psíquica*, doctor?

-Reclusión bajo vigilancia.

-¿Igual que dementes?

-Es necesario -gruñí-. El miedo obra por contagio, muchacho, y ya supondrá usted la epidemia que las palabras de esos dos hombres podría originar entre la población de Isótom 81. La Planta Atómica no goza de simpatías, igual que el profesor Harring. Ambos son los causantes de la liberación masiva de radioisótopos malignos. La *obediencia psíquica* convierte a los atacados en insaciables agi*t*adores. Cuando la masa se mueve hay que apelar a la fuerza para detenerla... y entonces crece el grado de agitación. ¿Supone el daño que causaría una secesión en el planetoide?

-No creo que desemboquemos en la guerra civil.

-Eso nadie puede preverlo.

-Sería ir demasiado lejos.

-Piense que el estado de postración no durará indefinidamente. Cuando cesen los efectos del *shock* nervioso que ahora padecen, tendremos que darles de alta. Entonces no se limitarán a manifestar la *huella* de su mente con murmullos inconscientes, sino de viva voz, a gritos, rugiéndolo a los cuatro vientos. Ya ha visto de lo que son capaces, especialmente Kragger. Me agredió... y ahora sé que sus intenciones no podían ser más asesinas. ¿Por qué? Él no es culpable. Actúa por autosugestión, obedeciendo el mandato. Si dos hombres nos crean tantas preocupaciones... ¿qué serán cincuenta o cien? Nada les frenará. Y su ejemplo moverá al resto de la población como un resorte. Reclusión bajo vigilancia -insistí-. Aislándoles

salvaremos la situación.

-¿No le parece más indicado *aislar* las causas que motivan estos efectos?

-Desde luego. Obligatoriamente se impone localizar al *objeto* para que cese la propagación.

-Entonces...

-Ya se lo dije, Wynne. No ganamos nada recurriendo al profesor Harring. Hay que esperar a que surjan nuevos *casos*. La razón es obvia. Según la comisión que investigó en las profundidades del cráter, el *objeto* debió introducirse hasta el corazón de Isótom 81. Nosotros sabemos que estaban en lo cierto.

-Así lo indican las apariencias.

-La primera manifestación tangible se desarrolló entre dos operarios del personal de cloacas. No es aventurado afirmar que este proceso se extenderá ampliando el radio de acción. Según vayan apareciendo personas atacadas por la *obediencia psíquica* tanto más fácil nos será deducir la trayectoria del *objeto* a través del subsuelo. Entonces, avisaremos a Harring, informándoles de nuestras deducciones, y dejándole en libertad de aplicar los recursos idóneos *para rodearle*.

Acabábamos de abandonar la sala. Wynne se detuvo a la entrada del pasillo.

-No es agradable luchar contra influencias desconocidas -murmuró.

-No es agradable luchar contra nada -sonreí, palmeándole la espalda deseoso de infundirle confianza y aliento-. Hemos averiguado bastante en un solo día. Puede decirse que no andamos a ciegas.

-Voy a poner en práctica sus instrucciones. Recluiremos a Kragger y a Forbes en las dependencias del subsanatorio. Son las más alejadas.

-No olvide la vigilancia. Otra cosa. Emplee sedativos fuertes después de cada período de sueño. Conviene tenerlos dormidos hasta que cese la alteración nerviosa.

-¿Y después?

-Un tratamiento encefaloquirúrgico les borrará las ideas que ahora perturban su mente. Serán hombres nuevos, incapaces de recordar lo ocurrido. En su vida existirán unas semanas en blanco... pero no veo otro remedio eficaz.

-Se hará como usted dice, doctor.

-Si me necesita estaré en el despacho o en el laboratorio. He de continuar los trabajos sobre “Antirrad 603”. No puedo descuidar la principal amenaza de Isótom 81

-¿Permitiría usted que los sometiese a un interrogatorio?

-¿Bajo qué efectos?

-Hipnotismo. Acaso ellos sepan lo que significa “Separación

asteroidal”.

-Lo dudo. Pero hágalo. Eso no va a perjudicar su salud.

Nos despedimos. Volví al despacho. Marcia aún no había regresado y yo busqué refugio en el laboratorio donde confiaba inhibirme del enigma que nos rodeaba. Aquél fue un día trascendental para Isótom 81 y que recuerdo como el principio de todas las asechanzas que nos atenazaron hasta desembocar en el éxodo final por el espacio.

Bueno... Ya casi he estado a punto de volver a anticipar los acontecimientos... y éste no es mi propósito. Procuraré que el relato no pierda su ritmo cronológico.

Lo cierto es que mi intención de aguardar el curso de los sucesos y esperar a la repetición de nuevos casos para ponerme en contacto con la suprema autoridad del planetoide, no llegó a diferirse demasiado. Las noticias vinieron poco después. Tres atacados de *obediencia psíquica* ingresaron en el transcurso de las siguientes ocho horas y las características fichas azules pasaron a engrosar el archivo clínico del Centro-hospital.

CAPÍTULO IX
LOS INVASORES

La mujer se llamaba Aurora Stanley. Estaba casada con un funcionario de la Central de Oxigenación del planetoide. El matrimonio no tenía hijos, y ambos ocupaban un apartamento individual en la Calle Klin. Según averigüé después, allí se les apreciaba y gozaban fama de excelente vecindad. Ella constituyó el primer caso ingresado en el Centro-hospital después del de Kragger y Forbes.

Wynne acudió al laboratorio para avisarnos en seguida. Marcia y yo nos quemábamos las pestañas en torno a un tubo de ensayos del que esperábamos ver brotar la solución a un problema teórico que acaso lograría convertir en eficaz para los humanos la droga de radiorresistencia duradera probada hasta entonces sólo en especies cobayas de experimentación. Nos soltó todo un discurso sin apenas detenerse a respirar.

-¡Albricias, doctor! -exclamó-. ¡Ya se ha presentado otro enfermo de *obediencia psíquica*! Esta vez ha sido una mujer. Treinta años, casada con Roberto Stanley y sin descendencia. Presenta los mismos síntomas que ya apreciamos en Kragger y Forbes, aunque con menor virulencia en la fase de excitación. Anticipándome a sus deseos, acabo de aislarla. Aquí traigo su ficha.

Se interrumpió para tomar aliento y me tendió la transparente cartulina azul, que yo examiné sin prisa. Marcia, acaso interpretando mis pensamientos, cerró la espita inyectora de gas y el contenido del tubo fue perdiendo grados de ebullición. Tanto ella como yo sabíamos que el experimento quedaba interrumpido por lo pronto, en vista del nuevo paciente atacado por el misterioso influjo mental.

-Me encantaría echar una ojeada al plano de la ciudad -manifesté a Wynne-. Ignoro la situación de la Calle Klin.

-¿Es eso importante? -inquirió Marcia.

-Bastante -repliqué.

-Lo hice yo, doctor. Esperaba que usted tuviese la misma idea. La Calle Klin cruza por el Oeste la Avenida de la Tierra, es decir, la arteria principal de Isótom 81. Con respecto al primer *descensor* que conduce a la red de vertederos hay una distancia no superior a cuatrocientos metros.

-Le felicito por la agudeza, Wynne. ¿En qué dirección es esa distancia?

-Hacia los suburbios de la ciudad. Justo... ¡buscando el *emergedor* Oeste de superficie!

-O sea -puntualicé -el camino para subir al exterior y tomar el rumbo de las montañas del Norte.

-Sí. Un buen conocedor de Isótom 81 emplearía el *emergedor* siguiente,

porque éste le dejaría junto a la carretera que atraviesa las llanuras enfrentadas con la cordillera. Pero es lógico el pequeño error, ¿verdad? Después de todo, *ellos* son forasteros en el planetoide.

-¿Qué debo entender por *ellos*? -preguntó Marcia, mirándome de hito en hito.

-Los ocupantes del *objeto* -declaré.

-Oiga, doctor... ¿de veras están ustedes dos bien de la cabeza?

-Al menos -sonreí -creemos estarlo. Buen trabajo, Wynne.

-Gracias, señor. Administré *Dracomita* a la señora Stanley y no hubo reacción. El paralelismo entre su caso y el de los anteriores es innegable. Sin embargo, espero que de ella saquemos más partido que de Kragger y Forbes.

-¿Por qué?

-La impresión la ha desquiciado, aunque no desequilibrado su sistema nervioso. Habla mucho, repitiendo casi punto por punto las frases que ya tenemos registradas en la colección de estereofonías; pero ella no lo hace en susurros, sino de viva voz.

-¿Ha dejado alguien a su lado?

-Un interno. Tomará nota de cuanto haga o diga.

-Estupendo. Vamos progresando. Casi estoy ya tentado de hablar con el profesor Harring y avisarle de que alguno de sus hombres puede reaccionar violentamente contra él.

-¿Quiere que pida la telecomunicación?

-Todavía no. Esperaremos al próximo, para tener la certeza de que los tripulantes del *objeto* continúan acercándose a la Planta Atómica. Sería un síntoma revelador.

-Estaba usted en lo cierto.

-Estábamos, Wynne -rectifiqué-. La idea original salió de su cerebro. Ahora no me cabe la menor duda de que tenemos visita en Isótom 81. ¿De dónde procederán? ¿Qué motivos los guían? ¿Hasta dónde intentarán sembrar el desconcierto?

-¡Qué interesantes preguntas! -rezongó Marcia-. Por favor, doctor. ¡Explíquenme algo! ¡Me muero de curiosidad!

-Es un poco largo de contar. Necesitaría mucho tiempo para convencerla.

-Ya estoy convencida -aseguró-. Dígamelo en dos palabras.

-"Separación asteroidal" -contesté, ciñéndome estrictamente a su petición.

-¿Eh? -se extrañó mientras Wynne sonreía divertido-. ¿Ha descubierto el significado del plan terrestre?

-Lo descubriremos en breve. Los seres ignorados que llegaron a Isótom 81 a bordo de un *objeto* indeterminado y cuyas intenciones parecen ser las

de conseguir adeptos para su causa, nos lo revelarán quizá antes de lo que imaginamos, Marcia.

-¡Me tienen sobre ascuas!

-Escuche -pedí-. Se produce un temblor... ¡y nadie puede explicar el origen del mismo! No es sísmico, ni causado por colisión astral, ni siquiera motivado por un ataque con proyectiles. Se realiza una investigación y de ella sólo queda claro el hecho de que un cráter ha surgido próximo al casquete polar y cuyo agujero penetra en las entrañas del planetoide. ¿Conforme?

-Conforme -asintió, brillantes los ojos y atenta la expresión.

-El *objeto* que perforó la superficie sigue en el fondo del cráter mencionado. ¿Qué es? ¿Dónde lo fabricaron? ¿Por qué llegó, precisamente, a Isótom 81? Enigmas. Sin embargo, poco después empiezan a manifestarse trastornos psíquicos en personas cuya cercanía al lugar del *choque* obliga a sospechar relación mutua. Seguro que existe tal relación. Ello demuestra una cosa incontrovertible: *Alguien* o *algo* tripulaba el agente promotor del temblor. ¿Conforme?

-Sí, sí... -apremió.

-*Ellos*, los ocupantes, desarrollan una táctica que les favorece, a la par que fomenta la digresión entre los habitantes de este pedazo de tierra perdido en el espacio. Es muy posible que Kragger o Forbes les viesen al buscar el acceso de las cloacas para penetrar en la ciudad subterránea. Este comportamiento es perfectamente natural. Si volviesen a emplear el *objeto* para perforar la corteza terrestre por un punto alejado del casquete polar, otra vez se repetiría el temblor y entonces se vería a la perfección su trayectoria ascendente. No habría disimulos... ni misterios. Les conviene mantener el incógnito y sumir en la desesperación a la comisión investigadora que inspecciona el cráter, el embudo y las cercanías del lugar del suceso. Así, pues, queda explicada la conveniencia de utilizar la ciudad subterránea como vehículo introductor para sus futuras correrías.

Me sentí seguro de lo que decía a medida que dejaba correr mi imaginación y transformaba en palabras mis íntimos pensamientos. Ya no sólo era Marcia quien me escuchaba con arrobo, sino el propio Wynne, cuya cabeza asentía brevemente, dando su conformidad a mi reconstrucción ideal del episodio.

-No interesa a sus fines que puedan descubrirles -proseguí-. Una acción solapada, en la sombra, es lo mejor para quienes conspiran... ¡y ellos son conspiradores que desean el exterminio de cuanto representa Isótom 81! El paso de los vertederos encierra el primer peligro, puesto que corren riesgo de ser desenmascarados. Ante semejante eventualidad, preparan un recurso de doble efecto. Forbes o Kragger, no importa cuál de los dos, les echa la vista encima. Antes de que pueda actuar, y desbaratar sus planes tan

meticulosamente preparados, lo inmovilizan y descargan contra su cerebro una influencia psicopática, bien sea real o bien producida por procesos técnicos, que altera su sistema nervioso. Él hombre pierde el control. Se convierte en un *muñeco* sin voluntad propia. ¡Está anulado!

-Pero... -objetó Marcia.

-Ya advertí que el recurso es de doble efecto -me anticipé-. No dejaría de ser sospechosa la aparición de un hombre trastornado. Se analizaría hasta la última fibra de su ser indagando el motivo que produjo el desquiciamiento, máxime en un planetoide base de experimentación espacial. Por ello, consideran más lógico dar a su *atontamiento* circunstancial la apariencia de una enfermedad conocida, con síntomas probados, capaz de ser diagnosticada sin prejuicios...

-¡Catalepsia!

-Eso es, Wynne. Por fortuna, usted no se dejó engañar y añadió al diagnóstico la palabra *irregular*. Fue algo que nos obligó a pensar como lo estamos haciendo. Bien -aspiré una bocanada y proseguí-: El segundo efecto de esta influencia psicopática o recurso, consiste en procurarse un prosélito para su causa. Hemos quedado en que el cerebro humano ha sufrido un potente shock emocional. Está como sacudido. No razona objetivamente. Inducirle una idea nueva, lo suficiente enérgica para que se imponga sobre el desbarajuste que impera en él, es tarea sencilla. Volvemos otra vez al problema de si lo hicieron por medios telepáticos o extraprocesos técnicos. No importa. La *idea nueva* se proyecta en el idiotizado hasta saturarle de una aversión intensa por cuanto se relaciona con átomos, radioisótopos y procesos nucleares. Se insiste en la culpabilidad del profesor Harring, recordando la amenaza de la Planta y la sentencia de muerte suspendida sobre Isótom 81. Estos mandatos quedan grabados en la mente y actuarán en consecuencia sobre sus impulsos cada vez que el falso estado cataléptico tienda a la excitabilidad. Han eliminado un testigo y ganado un adepto. Un ser obediente que no les traicionará mientras subsista el desquiciamiento. He aquí explicado lo que tanto le interesaba, Marcia.

-¡Fascinante! Cuando el profesor Harring sepa todo esto, se mesará los cabellos por no haber sido el primero en averiguarlo.

-Apueste por ello. Mi revancha llegará entonces y no sentiré escrúpulos en decirle que ciertas cosas descubiertas por la Medicina *no son de su incumbencia*.

-¿Todavía le guarda rencor?

-Tengo buena memoria para las ofensas -repliqué.

-Su explicación me parece perfecta, doctor -admitió Wynne-. Nadie podría mejorarla y hasta la considero de una lógica aplastante. Causas y efectos se complementan entre sí. Aunque nos faltan por descubrir muchas

cosas más.

-Eso creo.

-No sabemos de dónde vienen *ellos*. ¿Lo imagina?

-Del espacio. Es lo bastante grande como para permitirme hacer la afirmación.

-¿Qué se proponen? ¿También lo adivina?

-Sabremos siempre por qué se defiende una posición... cuando conozcamos la razón del ataque. Un viejo teorema, Wynne. Ignoro si Isótom 81 representa una amenaza para el espacio o, por contra, es el espacio quien amenaza a Isótom 81. Me parece que alguno de nosotros consideramos más probable lo primero que lo segundo. Siendo así, no costará mucho revelar sus intenciones... cuando conozcamos realmente las del *Proyecto S.A.*

-En resumen: Podemos estar sufriendo un ataque o presenciando los primeros pasos hacia la defensa.

-Un acertado resumen. He ahí la cuestión.

-Harring podría sacarnos de dudas.

-*Podría*, pero no espero que lo haga. ¿Quién dijo una vez que era duro como la piedra?

-Lo dije yo -contestó Marcia-. Claro, que antes ya lo había dicho el doctor Bullan.

-Ese hombre es el que nos hace falta aquí -me lamenté-. Él sabía la *verdad*. Sus asperezas con el profesor no debieron obedecer sólo al asunto de la radiactividad. Usted, Marcia, me confesó que Bullan solicitaba un aplazamiento en los trabajos de la Planta Atómica. Piense en ello, por favor. ¿Nunca explicó nada más?

Marcia Randall se mordía la uña del dedo índice, tratando de recordar. Vi a mi ayudante ladear la cabeza, perdiendo de pronto interés por la conversación, y prestar oído. Un suave zumbido, procedente del despacho, se repitió.

-Llaman por el *intercom* -observó.

-Vaya a ver.

Wynne salió del laboratorio. Marcia seguía esforzándose en hacer memoria enconadamente... pero sin resultado.

-No se torture -aconsejé-. Ha pasado demasiado tieippo.

-Era para usted o para mí -declaró entonces Wynne desde el umbral de la puerta-. Doctor, acaban de traer otro... ¡otro cataléptico!

No solté una maldición por respeto a la muchacha. ¡El avance de los invasores iba en aumento! Otam Kragger, Marcelo Forbes, la señora Stanley y ahora... ¡Tres atacados en el transcurso de pocas horas! ¡Aparte del cuarto recién ingresado!

-Vamos -decidí-. Quiero conocer a la nueva víctima.

Se llamaba Karl Bacon y prestaba sus servicios en el Distribuidor de Agua Potable, según me enteré después de leer la ficha azul. El Distribuidor ocupaba la parte alta del subsuelo... ¡casi junto al *emergedor* Oeste de superficie!

Siguiendo el rastro de los que padecían *obediencia psíquica* se podía trazar el recorrido literal de nuestros desconcertantes enemigos. Las cloacas, la calle Klin, el Depósito General de Agua... ¡Iban rectos en dirección a la Planta Atómica! Confieso que entonces estuve tentado de olvidar mis resquemores y lanzar un aviso presuroso al profesor Harring.

No lo hice. El orgullo es un pésimo defecto que tenemos los humanos y yo no iba a ser la excepción entre mis congéneres. Quería que él se humillase ahora. Que dejase de hablar despectivamente de obligaciones e incumbencias. Quería, por así decirlo, no ir yo a la montaña, sino que la poderosísima montaña viniese hasta mi humilde despacho.

-Aíslenlo -ordené después de examinarlo-. Si seguimos a este paso vertiginoso nos faltará sitio dentro de una semana.

-Le someteré a la prueba con *Dracomita* -sugirió Wynne.

-No se moleste. Es un caso evidente. Lo único que debe hacer es procurar ampollas de *Cloronarcotil* a los internos de vigilancia y que vayan inyectándoles minutos después de que comience la agitación precursora del período de excitabilidad.

-Sí, doctor.

-No se demore. Luego, trasládese al Departamento de Recepción y ocúpese de dar la bienvenida al próximo. ¡Porque seguro que habrá próximo! -mascullé-. Entretanto, yo tengo pensado...

-Comer un poco, ¿verdad? -intercaló Marcia aprovechando mi pausa-. No le he visto hacerlo en todo el día. ¿No sabe usted que hasta las máquinas necesitan combustible?

-¿De veras? -sonreí-. Lo había olvidado.

-Tiene suerte. Creo que recordárselo también forma parte de mi cometido, doctor. No es la primera vez que me veo obligada a tomarle del brazo y conducirle al comedor. ¿Vamos? -invitó, ofreciéndome el suyo mórbido y torneado.

Lo acepté sin enfado. Marcia tenía razón. Mi trabajo me obligaba a descuidar obligaciones tan ineludibles como la de la alimentación y el descanso. Apenas sentía apetito. Me preocupaba la situación, el curso de los descubrimientos alarmantes... ¡todo aquel enjambre de misterios en general!

No fuimos al comedor propiamente dicho, sino a un anexo de la servococina. Ella preparó un refrigerio a base de proteínas, grasas condensadas, albuminoides refrigerados y café. Probé un poco de todo... y sorbí tres tazas de café. Me hallaba ausente y apenas presté atención a la

fácil charla con que mi encantador ayudante femenino pretendía amenizarme la comida.

Todavía no había terminado la última taza, cuando me trajeron la noticia... acompañada de la correspondiente ficha azul. Se la pasé a la joven con desgana, quien, algo nerviosa, leyó:

-Marco Laguna, veintiocho años, soltero. Pertenece a la milicia y se ocupa de la vigilancia de unos pozos térmicos dependientes del sistema climatizador para la ciudad. Estaba sin sentido junto al *vitreobunker* de la Línea Exterior y ofreció resistencia a un superior cuando le descubrieron...

-Línea Exterior -murmuré-. ¿Dentro o fuera, Marcia?

-Fuera de la ciudad subterránea, por supuesto.

-Ya han salido. ¡Nada les impide llegar a la Planta!

El larguirucho enfermero que trajo la ficha por encargo de Wynne se sobresaltó al oír mi absurda exclamación. Absurda para él, desde luego, aunque no para nosotros dos. Marcia carraspeó, dándome a entender que no estábamos solos. Lancé una mirada al hombre y luego recuperé la ficha que la joven me devolvía por encima de la mesa.

-¿Le dijo algo más el doctor Wynne? -pregunté.

-Ha ordenado que lo instalasen en el subsanatorio, junto a los restantes catalépticos -contestó.

-Bien.

-¿He de transmitirle alguna instrucción, señor?

-Ninguna por el momento. Retírese y vuelva a su tarea.

Lo hizo. Marcia y yo nos contemplamos igual que si fuese aquella la primera vez en la vida. Levanté la taza y bebí, apurando el café. Al depositarla sobre el platillo, me confesó:

-Los *casos* se han repetido lo suficiente como para no existir equivocación. Gracias a ellos, y tomando como base los puntos donde van apareciendo los atacados, sabemos el curso que siguen los invasores. Es seguro que la Planta constituye su objetivo principal. ¿Va usted a dejar las cosas como están, doctor?

-¿Qué puedo hacer? -resoplé.

-El profesor Harring se halla expuesto a un ataque por sorpresa. ¡No me diga que usted desprecia la posibilidad!

-No la desprecio. A estas horas deben hallarse próximos a cruzar las murallas...

-¡Avísele, doctor!

-¡Es un testarudo que merece el escarmiento!

-Comprendo -Marcia se alzó de hombros e inclinó la adorable cabecita-. Usted sabrá por qué lo hace... y cuál es más terco de los dos.

Apreté los labios. Marcia tenía razón. Sentí algo muy parecido al remordimiento. De pronto, comprendí que me estaba comportando como

un niño travieso y que, en definitiva, a mí me correspondía dar el primer paso. No era lógico captar los hechos desde un reducido punto de vista particular, puesto que se hallaba en juego la seguridad y el futuro de todo el planetoide. ¡Había que improvisar remedio a los progresos de *ellos*!

-Tengo que registrar la ficha -dije poniéndome en pie-. Volvamos al despacho.

Ella supo, acaso merced a la tan cacareada intuición femenina, que daba mi brazo a torcer. Sonrió, descubriendo sus blancos e iguales dientes dentro del estuche rojo de los labios bien dibujados.

-Gracias, doctor. Esperaba que su conciencia se impondría al fin.

-Voy a tomarme la molestia de avisar a ese viejo ácido e irritable. Le contaré cuanto sé... y supongo que no se reirá de mis palabras. ¡Porque si lo hace, estoy dispuesto a...!

No terminé de hablar, pero la amenaza que pensaba proferir la cumpliría aunque me enemistase definitivamente con él. Algo parecido a la ansiedad nos empujaba a ambos, llenándonos de apresuramiento. No sé por qué. No podré explicarlo nunca. Pero mi anhelo por avisar a Harring se convirtió, de súbito, en una necesidad tan imperante como febril. Nos instalamos en un *descensor* y de este modo llegamos al despacho con toda la celeridad de que éramos capaces.

Abrí la puerta y entré el primero. Mi corazón -¡no me sonroja confesarlo! -latía con fuerza, temeroso de un mal inexplicable pero presentido.

-Déme telecomunicación con la Planta Atómica -ordené, nada más accionar la clavija de encendido del *intercom*-. Con el despacho particular del profesor Harring. ¡Es urgente!

Urgente. Yo había pronunciado aquella palabra. Ahora pretendía ganar tiempo. Prevenir rápidamente al hombre con facultad suficiente para activar los preparativos de un contraataque. ¿De qué teníamos que defendernos? ¿Con quién había que luchar? ¿No lo tomaría Harring todo a chacota?

-Tardan demasiado -murmuró Marcia, que miraba subyugaba la iluminada pero vacía pantalla-. Me asusta la idea de...

-Tranquilícese.

El destello incoloro varió y, tras un zumbido, apareció reflejada la cara huesuda de Mason, el encargado del personal. Vi la sorpresa en su mirada al reconocerme. Creo que la sensación fue mutua en ambos. Me dedicó una sonrisa tímida.

-Hola, doctor -saludó-. ¿Quiere alguna cosa de nosotros?

-Hablar con el profesor Harring -exigí-. ¡Se trata de algo muy importante!

-Eso me dijo el *teleoperador*. Lo siento. Hemos estado buscando al profesor y no hay forma de *encontrarle*...

-¿Cómo? -atajé-. ¿Cuándo le habló por última vez?

-No sé. Quizá haga una media hora. Le dejé inspeccionando unos hornos nucleares...

-¡Búsquelo, Masón! Es necesario que aparezca. Movilice a todo el personal de la Planta, dé la voz de alarma... ¡y que nadie tome decisiones hasta que yo llegue! Trate de hacérselo comprender al profesor. ¡Salgo para allá en un bicohete!

- ¡Por favor! -casi gritó Masón-. ¿Qué le pasa, doctor?

-A mí, nada... ¡pero a Isótom 81 puede que le aguarde una incalificable desgracia! No pierda tiempo, Masón. ¡Busque al profesor Harring y ocúpese de protegerle la vida!

Ahora, transcurridos los años, creo que fui un tanto extremista y que mi sobresalto llenó de pánico al no demasiado enérgico Masón. Pero entonces, yo estaba persuadido de que la única forma de reparar mi estúpida negligencia consistía en comunicar a todo el mundo la misma inquietud que yo sentía. Corté la telecomunicación y miré a Marcia.

-Prepare una valija de emergencia -ordené-. ¡Y dispóngase a volar!

-¿Le acompaño, doctor?

-Naturalmente. ¡Aprisa! ¡Téngalo dispuesto antes de que nos preparen el bicohete! ¡Dios quiera que lleguemos a tiempo para salvarle de un ataque de *obediencia psíquica*!

-Dios quiera -repitió ella en un silabeo férvido.

Fin del tomo

131

¿QUIENES SON LOS MISTERIOSOS INVASORES DE ISOTOM 81? ¿CON QUE FIN INTENTAN PENETRAR EN LA PLANTA ATOMICA? ¿QUE PUEDE OCURRIR EN ESTE PLANETOIDE SATURADO DE RADIACTIVIDAD Y AMENAZADO POR TRAGICOS DESIGNIOS?

SEPARACION ASTEROIDAL

Esta es la respuesta del plan meticulosamente elaborado en la Tierra. ¡Goce usted las emociones más intensas surgidas de la pluma de un autor famoso por sus relatos de fantasía científica!

JOE BENNETT

Le empujará a un abismo de violenta excitación con la más reciente de sus novelas publicadas en castellano y bajo el título de

SEPARACION ASTEROIDAL

¡Encargue hoy mismo este nuevo éxito de la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas.

Notas

[←1]

Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno. Urano, Neptuno y Plutón.